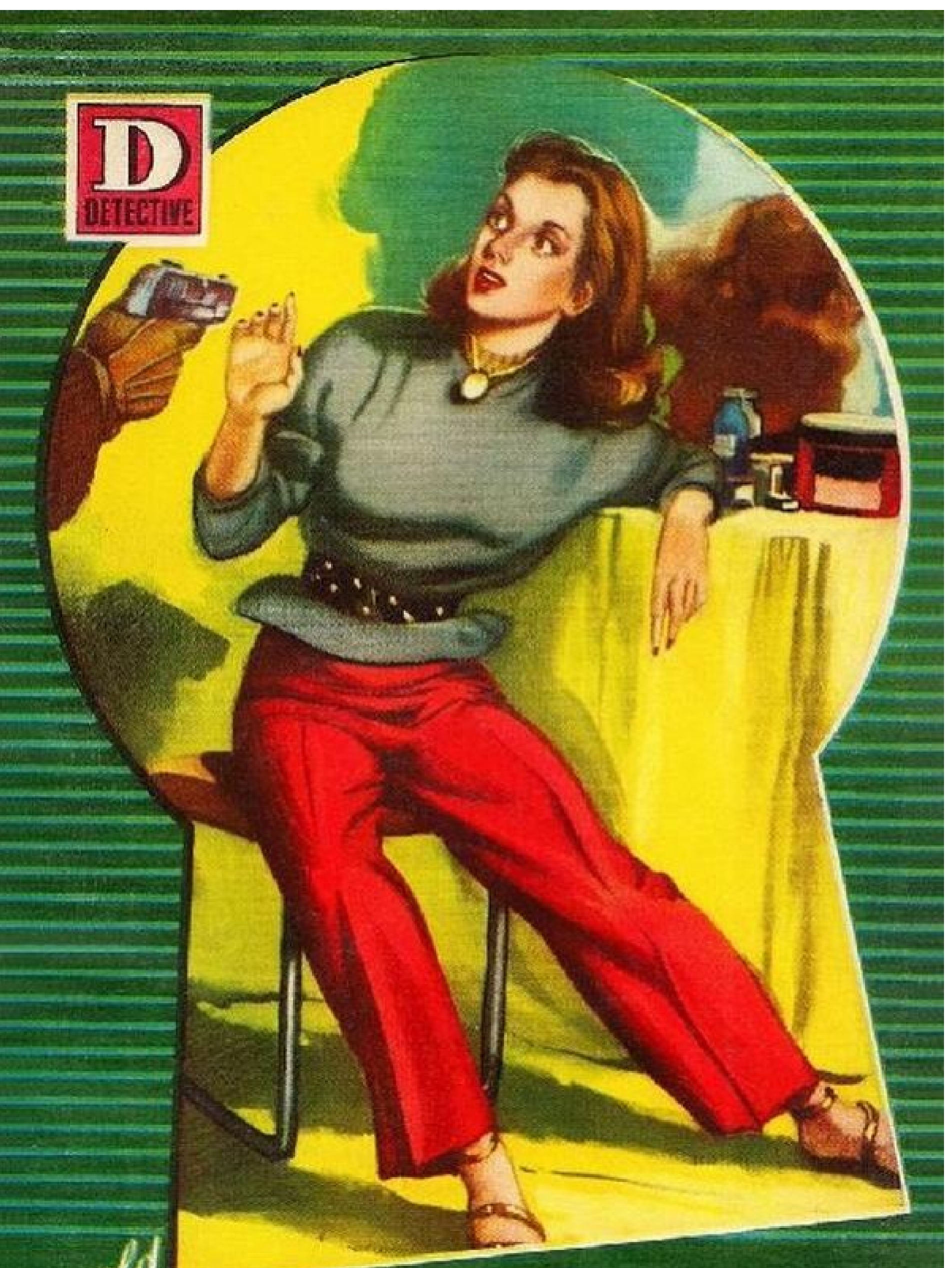


Arnold Briggs

LA MUJER CON DOS SOMBRAS

ARNOLDS BRIGGS

LA MUJER CON DOS SOMBRAS

1.ª EDICIÓN
JUNIO 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

LA MUJER CON DOS SOMBRAS

Traducción de:

GUILLERMO DELGADO

 PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


La mujer con dos sombras
por
ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

—Si sabes que aquí no registrarán, es infantil tu temor, Ginette. Te consta que aquí estamos tan seguras como si estuviéramos muy lejos de Francia.

—Tú misma, al decirlo, hablas como queriendo convencerte tú la primera. Adoro París, Denise, pero ahora no sé lo que daría para encontrarme muy lejos, aunque fuera en una cabaña africana.

—No tendrías las comodidades que nos rodean.

—¡Comodidades! ¡Comodidades!… —se exasperó Ginette Prevost—. Para saborearlas o al menos no echarlas en falta, es preciso tener tranquilidad de espíritu. Y hace ya más de quince días, que mis nervios van poco a poco cediendo. No he sido nunca ninguna tímida, pero… Puedes sonreír, no me ofendo, ¿sabes?

—Nos consta que nunca fuiste precisamente una tímida, Ginette. Pero tienes temperamento meridional.

—Si nací en Marsella, trato de disimularlo lo mejor que puedo. Reconozco que no poseo tu control temperamental, querida.

—Es tonto que nos comportemos como dos enemigas, Ginette. Me limito a decirte que aquí estamos seguras, y no vendrán ni se les ocurrirá siquiera pensar que podemos tú y yo estar aquí escondidas.

—¡Triste época nos ha tocado vivir, Denise! Escondidas ahora como… Necesito mis comprimidos contra el insomnio. Los terminé anteayer, Denise. Y tú sabes que no puedo dormir sin ellos. Los necesito. Con atravesar el puente, en el mismo Sully encuentro la farmacia. No puedes impedirme que salga, Denise; no puedes…

—Ni lo pretendo, pero quiero hacerte observar una verdad indiscutible. Mientras permanezcas aquí dentro, podrás aburrirte, pero ya recuperarás el tiempo perdido. La calma renacerá, cuando vuelvan las cosas a su estado normal. Hace ya cinco días que duran

las fiestas.

—¿Fiestas? Según por dónde se mire… ¡Fiestas! ¡Te lo he explicado más de veinte veces! Yo misma la vi a Vivianne, cuando la llevaban entre dos… Tenía la cara hinchada y ensangrentada, y aullaba de miedo. Aullaba… como un perro. No tenía nada de humana, porque el miedo y el sufrimiento… ¡No puedo más, Denise! No tengo tu valor. ¡Si no tomo mis comprimidos, me volveré loca! Tengo que dormir, que olvidar… ¡Voy a salir y no me lo impedirás!

—Haz lo que quieras, Ginette.

Ginette Prevost, al salir a la calle, echó sobre sus negros cabellos el capuchón del impermeable. Lloviznaba, y la penumbra que acentuándose, envolvía el tranquilo y aristocrático barrio parisino de la isla San Luis, daba aún mayor quietud a sus fachadas antiquísimas, y sus calles silenciosas.

La «isla encantada», la llamaban los parisinos. Refugio de gente taciturna, encerrando en sus mansiones siglos de tradición, cuando apenas a cinco minutos, cruzado uno de los dos puentes sobre el Sena, surgía la ciudad ruidosa, moderna y febril.

Para Ginette Prevost la misma calma ambiental, estaba impregnada de amenaza. Creía ver surgir de pronto, por entre las sombras, una mano brutal.

Aceleró el paso, contraída la boca, en mueca donde la decisión luchaba con el pánico. En los diez minutos que a lo sumo iba a emplear entre ir a la farmacia y volver, no podía ocurrirle lo que a la pobre Vivianne.

Era injusto todo aquello, pese a que Denise Danglas opinara que durante las «fiestas» era natural que los rencores acumulados se desahogaran contra las mujeres famosas, por uno u otro concepto, que hubieran mantenido relaciones con el invasor, aunque sólo fueran de simple compromiso contractual debido a su trabajo artístico, como era el caso de ella misma…

Entró en la farmacia, donde sólo había otra cliente, a la que atendía un joven. Se acercó al mármol, y el otro dependiente, amablemente inquirió:

—¿La señora desea?…

—«Gardenal».

—¿Tubo grande o pequeño?

—Grande. Deme tres.

El dependiente permaneció en su sitio. Parecía esperar. Inquieta, Ginette Prevost dejó sobre el mármol un billete de mil.

—La receta, señora, por favor.

Tranquilizada, ella rió, volviendo a hurgar en su bolso.

—¡Qué tonta soy! Aquí está, y completamente legal.

—Sí, señora.

Pasaron dos minutos, y ella miraba ansiosamente al fondo, donde el dependiente estaba hablando en voz baja con otro hombre canoso, que fué el que se aproximó con la receta entre las manos.

—Buenas noches, señora. Dadas las circunstancias, comprendo muy bien que no puede usted traer una receta extendida con más proximidad a la fecha de hoy. Le serviré un tubo grande, y le ruego que tan pronto pueda, obtenga otra receta; de lo contrario no podré atenderla.

—Sí, señor, sí. Muchas gracias. Es usted muy amable. Iré a ver al doctor Noziers, mañana mismo.

Recogió el cambio, y manteniendo apretada en la palma la larga cajita conteniendo el soporífero, recuperó un poco de su habitual buen humor.

Tenía razón Denise, al decirle que no se imaginara peligros inexistentes. Cuando cruzaba el puente Sully, miró atrás. No, nadie la seguía.

Y ahora, como podría dormir, ya todo iría mejor. La calma de la isla San Luis, le pareció ahora rebosante de protección, de aislamiento.

Pronto la gente se calmaría, y todo volvería a sus cauces normales. Eran sólo unos cuántos días más de efervescencia…

Al entrar en el patio empedrado, normalmente el acceso de los coches, se sintió reconfortada, a salvo. La escalerilla que conducía al piso alto, la dependencia de la servidumbre ausente, era simpática en su estrechez, ascendiendo por entre gruesas paredes medievales.

De pronto en uno de los anchos peldaños desgastados por el roce de siglos, se detuvo llevándose la mano al costado izquierdo.

Siempre tenía aquel gesto teatral, cuando algo la sobresaltaba.

La escalera giraba en caracol, y estaba convencida de haber oído una respiración cercana.

Podía ser Denise que bajaba al oírla… Giró lentamente la

cabeza, dispuesta a cerciorarse de que la paralización de sus piernas y el pinchazo en el corazón, se debían a su temperamento, imaginativo.

Fue a gritar, pero el hombre que estaba casi tocando su espalda, y sonreía, apretó sin contemplaciones una ancha mano contra su boca.

* * *

Recuperó lentamente el sentido. Estaba sentada en un sofá, en la salita que en tiempos normales pertenecía como salón de recepción para la servidumbre, cuando la reunía el mayordomo.

Y tres hombres, jóvenes, se mantenían expectantes. Vestían casi igual. Una boina negra, canadiense con cuello de piel marrón, pantalón de motorista, y botas ceñidas hasta bajo las rodillas por cordones.

Un cinto con revólver, y al brazo izquierdo una franja tricolor. Uno se mantenía junto a la ventana, el otro examinaba la armadura de la otra esquina, y el tercero, el mismo que había surgido a espaldas de ella, en la escalera, estaba sentado frente al sofá, en una silla.

—Ya pasó el susto, «starlet». Te vimos por casualidad, cuando entrabas en la farmacia. No te diste cuenta que te seguíamos, porque no has estado en el «maquis», y no tienes práctica. Nosotros sí. Cuando tus amigos nos seguían, o nosotros les seguíamos a ellos, adquirimos un buen entrenamiento.

Hablaba suavemente, pero sus ojos azules rebosaban de rencorosa satisfacción.

Ginette Prevost tragó saliva repetidamente, antes de poder encontrar las palabras muy meditadas, y sinceras.

—No eran mis amigos. Yo no tuve la culpa, si en los estudios cinematográficos, donde trabajaba, el capital fué sustituido por dinero alemán. No he tomado parte en nada antipatriótico.

—¿Por qué te escondías entonces, «starlet»?

—Tenía miedo a los primeros días, porque si no me daban tiempo a explicarme, como me habían visto mucho con Herwitz… Pero Herwitz era el agregado comercial, el socio consejero del estudio donde yo trabajaba.

—Sí. Pero también era el hombre de la Gestapo de todos los estudios. No vas a decirme que ignorabas que mientras él te regalaba joyas, firmaba también penas de muerte contra «starletts» como tú, por figura, pero muy distintas a ti, perra… ¡Ellas murieron por ayudar a lo que hoy tenemos! París para los franceses de buena cepa.

—Yo… ¿yo qué podía hacer, amigos míos?…

—¡Calla, perra! ¿Nosotros tus amigos? Cada vez que tu amigo Herwitz te decía que habían matado unos cuantos «maquisards», brindabais con champaña francés. Vas a beber buen champaña, te lo prometo. Por de pronto, estos hermosos cabellos negros los vas a perder. ¿Llevas la maquinilla, Robert?

El que estaba junto a la ventana, rió.

—No la llevo. Y aunque la llevara. Me da asco esta ciudadana. Y más cuando pienso que hace unos años, estaba yo enamorado de ella, cada vez que la veía en película… Me parecía una morena estupenda en cuerpo y alma. Pégale un tiro, y vámonos.

—¡Por lo que más queráis! Yo… llevadme ante los tribunales, y pagaré con años de cárcel si es preciso, pero no… ¡no merezco morir!

Estalló ella en sollozos convulsivos. El que hasta entonces llevaba la voz cantante, se encogió de hombros.

—Eso es. Ahora a llorar, pero antes no te faltó nada, ¿verdad? Y no llorabas cuando caían los nuestros.

—¡Fui cobarde… lo reconozco, lo admito! Pero soy muy francesa, y también estoy contenta… porque se han ido los malditos «boches»…

Se echó hacia atrás, porque el hombre, frente a ella, iba a golpearle la cara con la mano abierta.

El que había estado examinando minuciosamente la armadura, intervino acercándose:

—Ya sabes lo que va a pasar, Ernest. La llevaremos a la Santé, y cualquier abogadillo la sacará con dos meses de condena. Tiene razón Robert. Una bala, y sanseacabó.

Ginette Prevost oyó el ominoso ruido del seguro del revólver. Se abalanzó en línea recta, corriendo velozmente…

Su cuerpo atravesó los cristales, y un prolongado y agudo chillido escalofriante, fué decreciendo a medida que Ginette Prevost

efectuaba su última caída…

CAPÍTULO II

—¿Estaréis muy orgullosos de vosotros, verdad, hijos míos?

—No pudimos impedirlo, señor Armand no pensaba matarla. Era sólo una pequeña revancha. Hacer sudar un poco de miedo, por todos los sudores que nosotros pasamos, señor. Pero la muy tonta fué a tirarse por la ventana, sin que pudiéramos impedirlo.

El inspector Abel Baptiste, tenía fama de reposado y fríamente agresivo. Dijo amablemente:

—Tengo edad suficiente, para consideraros unos mocosos, y soy tan francés como tú, Ernest, como tú, Robert, y como tú, Armand. Y como ella.

Señaló hacia el bulto que estaba cubierto por una lona en la camilla que dos hombres estaban transportando hacia la ambulancia.

En el interior de la casa los agentes de la brigadilla del inspector, estaban efectuando un registro.

Bajo la galería cubierta que daba al patio, y cuando se hubo marchado la ambulancia, los tres jóvenes, un instante cohibidos, recuperaron su insolencia.

Ernest Dupont, dijo acremente:

—Mi conciencia nada me reprocha, inspector.

—Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces, hijo mío. Hoy sí, hoy sí, te sientes muy ufano en tu papel de guerrillero superviviente. Me habéis descrito muy bien el grito que lanzó ella al arrojarse desde el tercer piso. Este grito lo oiréis muchas noches, toda vuestra vida… salvo que no seáis lo que me parecéis. Unos muchachos endurecidos por las recientes calamidades. Algunos volveréis a ser casi normales, otros… desgraciadamente seréis clientes míos o de mis colegas.

—¡Estaría bueno! Encima, nos va usted a poner las esposas. Le avisamos por teléfono, apenas la cosa pasó, ¿no? Pudimos muy bien escapar, y hubiera sido un suicidio, ¿no? O sea, que nos sentimos respetuosos con la rutina, y ya lo estáis oyendo. El señor inspector defiende a una «colabo».

—Bah, bah, ¿vas a colocarme el disco a mí, hijo? Esta chica ni era «colabo» ni era Juana de Arco. Fué simplemente una ambiciosa, y nada más. En fin, hijos, mañana a las diez en punto, pasad por mi despacho. Rutina, sí, vulgar rutina, y ya será hora que os deis cuenta, que la vida se compone de muchas rutinas, cuando soltéis el equipo de guerrilleros. La patria os agradece los servicios prestados, pero «¡sapristi!», ya es hora de que volváis al colegio o al taller. Dejad a los tribunales y a los profesionales como yo, que cumplan con su obligación.

—Habría mucho que hablar sobre eso, amigo… —se engalló Robert Leduc.

El inspector Baptiste se rascó con el pulgar, la guía de su espeso bigote. Miró fríamente al que acababa de hablar, y fue Armand Dupuis, el que dijo:

—No hagas el tonto, Robert. Al fin y al cabo, el inspector no nos ha dicho nada ofensivo hasta ahora.

—Eso es, hijos míos. Y por lo tanto, para evitarlo, largaos pronto, ¿queréis?

Pero Robert Leduc tenía tres citaciones al valor personal. Gritó:

—¡Me voy a achicar! Sí, hombre. ¡Me voy a achicar! ¿Qué tiene que reprocharnos este hombre? ¿Acaso la tiramos por la ventana? Y aun así, ¿cuántos de los nuestros…?

—Ya está bien, Robert. Vámonos —volvió a intervenir Dupuis.

—¡Largaos vosotros, pero este hombre para mí no es más que otro emboscado de los tantos! ¡Hale, lléveme a la comisaría si quiere, pero antes voy a desfogarme!

—Dejadle que se desfogue. No le han bastado los años de ocupación. Es muy fogoso el muchacho. Anda, anda, Robert, no me perdones la vida, y vete a tomar un coñac con tus amigos. Te hace falta, porque para tu suerte, no eres el «duro» que pretendes ser. Es tu propio remordimiento el que te hace hablar así. Quisisteis hacerle sudar un poco de miedo a Ginette Prevost, como dijo Armand, y ahora ella ya terminó su carrera, pero a vosotros os

quedan años por delante, para seguir oyendo el grito final. Mañana, a las diez, en mi despacho.

El inspector Baptiste entró por el zaguán que conducía como un túnel al otro patio interior, y a cada lado tenía escaleras de acceso a las dos alas del palacete del conde Jean
d'Eglantier.

Los tres resistentes permanecieron un instante mirando el charco obscuro cercano, donde poco antes, como una muñeca desarticulada, había estado Ginette Prevost.

Dijo Armand Dupuis:

—Vámonos. No debiste hablarle así al viejo, Robert. Tienes mala memoria.

—¿Qué mil demonios pasa aquí? ¿También tú…?

Los tres iban ya hacia la calle.

Armand Dupuis añadió:

—Estarías en otro sector, y no te enteraste. Pero en marzo del año pasado, había Un Baptiste en el Loira. Un chico valiente, y no tenía más que dieciocho años. Primero le embromamos, porque su padre era inspector de policía.

—¡Caray! Si Baptiste es tan magnánimo que sabe perdonar, yo no.

—Su hijo murió fusilado, y Baptiste se encargó del servicio de «requisa», hasta el fin de la guerra.

La requisa, para los «maquisards» había sido el trabajo más temible. Consistía en apoderarse de los automóviles alemanes, yendo a buscarlos en los mismos cuarteles…

—Pudiste decírmelo antes, Armand.

—No hubo tiempo. Yo no sabía que era él quien estaba de servicio cuando telefoneamos. Anda, vamos a beber un trago. Nos hace falta.

* * *

El inspector Baptiste se rascó la guía del bigote con el pulgar, y después el mismo dedo señaló por encima de su hombro la puerta.

—Esperadme abajo dos. Los otros, llevad el informe a comisaría.

Se marcharon los policías, y el inspector examinó la salita. En su silla, Denise Danglas permanecía erguida, pálido el semblante, libre

de maquillaje.

Tenía manchas de polvo en el vestido, y un rasguño en la pierna surcaba en línea rojiza la media.

—Mis hombres la encontraron escondida en el interior de un *placard* disimulado en esta misma sala —y señaló Baptiste una de las paredes, cuyo panel de madera parecía liso y adherido al grueso muro—. No la han interrogado todavía, y me toca pues a mí, saber cómo se llama usted.

—Denise Danglas.

—Me parecía familiar su aspecto. Ya comprendo ahora la razón. A mi chico le gustaba mucho el cine. Bien, la epidemia es general. Hizo usted muchas películas últimamente, ¿verdad?

—Muchas.

—Hasta creo recordar el título de una. Algo así como «Los muros rotos».

—«Murallas derruidas».

—Eso es. Leí la sinopsis. Era hábil. No eran del todo torpes los alemanes. Se trataba de demostrar que era estúpido mantener murallas de hostilidad entre dos razas hermanas. Bueno, pero esto era cine. ¿Conocía usted a *Ginette* Prevost?

—Usted sabe perfectamente que Ginette y yo pertenecíamos al mismo estudio.

—¿Por qué había de saberlo? Era mi chico el aficionado al cine, no yo. ¿Puede explicarme lo que hizo usted de seis a siete esta tarde?

—A las seis y cinco, Ginette quiso ir a comprar su «Gardenal» porque no podía dormir. Salió, pese a mis consejos, y unos quince minutos después la oí subir, pero también oí otros pasos, y rumores. Me escondí allí… Lo oí todo.

—¿Quiere repetirme lo que oyó?

—Ella estaba, desmayada…

—¿Cómo lo sabe?

—Hay una mirilla en el *placard*.

—Bien. Prosiga.

—Uno de los tres que entraron, la llevaba sobre el hombro, y la colocó en este sofá. Mientras esperaban a que Ginette recobrara el sentido, uno de los tres dijo a los otros que vigilasen las dos puertas, porque podía haber más traidores escondidos. Ginette, al poder

hablar, dijo lo que era verdad, que fue por su trabajo por lo que conoció a Herwitz, y ellos hablaron de cortarle el cabello, y pegarle un tiro… Ginette llevaba dos días con sus noches sin dormir. Le fallaron los nervios.

—Usted tiene buenos nervios, Denise.

—Lo que es irremediable no se cambia, llorando.

—Cierto. Lo sé por experiencia… pero yo lloré. Claro, que era un caso muy distinto. En realidad, Ginette era sólo una amiga de estudio. ¿Qué tiempo lleva aquí, Denise?

—Desde el mismo día en que entraron los franceses libres en París.

—Tengo entendido que el conde D’Eglantier, con toda su familia y servidumbre, hace dos años que se marchó a Niza, y por lo visto espera a que se calme la ciudad, para regresar.

—Ignora que estamos aquí. Las llaves las tenía Ginette, porque el hijo D’Eglantier, se las facilitó hace tiempo, por si ella en un momento de apuro necesitaba esconderse. Trajimos conservas, y escogimos estas habitaciones como las más seguras.

—¿Por qué no sé fueron a Suiza, por ejemplo?

—Herwitz había prometido a Ginette, llevarla, y esperamos hasta el último momento. Después ya era tarde. Supimos que varios «maquis» habían ametrallado el coche en que iba Herwitz.

—Bien. No es ilegal su permanencia en esta casa, puesto que fué el hijo del dueño, quien proporcionó las llaves. Puede seguir en ella. No volverán más jóvenes fogosos.

—¿No me detiene?

—¿Por qué he de detenerla? Soy policía, y usted por ahora, no ha cometido delito comprobado que requiera su detención.

—¡Usted… sabe que yo filmé películas capitalizadas por Hartman!

—Eran malas, pero no es delito que la ley englobe.

—Usted me desprecia, inspector. Lo veo en sus ojos. Dígalo, que me considera una mujerzuela indigna…

—Una ola maniática se ha extendido por Francia últimamente. La gente que tuvo alguna relación con alemanes, se mortifica en

vano. Si fueron relaciones criminosas, pagaron, están pagando o pagarán. No es asunto de la Brigada Criminal, por ahora. Hay un organismo nombrado para esta comprobación de actividades.

—Hartman y Herwitz eran los dos hombres de la Gestapo en los estudios franceses que lograron controlar. Se anunció la boda de Hartman conmigo. Todo eso lo leería usted. Soy pues una colaboracionista. Lléveme detenida, inspector.

—Preséntese al organismo competente.

—Usted sabe perfectamente que lo forman jóvenes resistentes, y hay juicios sumarísimos, sin control. Yo quiero ser juzgada legalmente.

—Aguarde a que pasen unas semanas más, y todo volverá a su cauce. Buenas noches.

—No puede…

El inspector Baptiste ya en el umbral, se volvió.

—Puedo, si confiesa usted haber matado a alguien.

—¡Yo no maté a nadie!

—Pues lo siento mucho —dijo fríamente Baptiste.

Ella dominó su impulso. No debía humillarse tanto. Permaneció sentada, oyendo alejarse los pasos del que bajaba la escalera de caracol.

Se levantó, encaminándose hacia la sala anexa, desnuda de todo mueble. Otro panel de madera, tenía su pasadizo ingeniado en el siglo XVI para citas galantes.

Conducía a un dormitorio donde un minúsculo cuarto de baño, era separado por alto biombo de la alcoba.

Delante del espejo, Denise Danglas se miró, porque repentinamente sus manos acababan de subir hacia sus oídos, tapándolos.

Oía aquel grito horrible. Tenía que cuidarse los nervios. Y fue aquella noche, la primera en que Denise Danglas buscó alivio en la embriaguez.

Abundaba el champaña añejo y el vino de cepa selecta, en el *placard* donde se había escondido.

CAPÍTULO III

GABRIEL DUFRETY
Decorador

La placa donde constaban nombre y profesión era de metal plateado, donde líneas cruzándose formaban un fondo de plano.

La placa estaba entre dos barrotes de la verja, de la casa rodeada de jardín, en el barrio exterior de Neully.

Calles sin tiendas, con grandes casas residenciales, entre las cuales, algunos artistas afortunados pudieron construirse sus «torres de marfil».

Gabriel Dufrety, de origen corso, tenía buen gusto y dinero. El dinero lo había ganado sacrificando su buen gusto, y atendiendo a la psicología de sus clientes.

Conocía tan a fondo la mezcla de colores, telas y luces, como el gusto ajeno, tras una conversación preliminar en la que actuaba como un verdadero *snob*.

En su «refugio» se desquitaba pintando. Cuadros que no vendería, pero que colmaban su afición a los colores unidos, suaves, casi desvaídos.

Daba unos retoques a una miniatura, cuando el ama de llaves, asomó en el gran estudio que ocupaba toda la anchura de la casita, en su mitad posterior.

—Una señorita al teléfono.

Gabriel Dufrety, de estatura mediana, ancho torso y corto cuello macizo de luchador, se había «decorado». Los negros cabellos le formaban rizos en la nuca, y mantenía con esmero la triangular pulcritud de la barbita mefistofélica, más llamativa al llevar el labio superior afeitado.

El rostro era muy expresivo e irregular. Un rostro de actor,

decían sus conocidos.

Ahora expresó fastidio.

—Las señoritas que lo son, usted las conoce, Marión. Y a las siete de la tarde, no recibo pedidos.

Marianne Quimper, bretona, de madura lozanía, sentía un amor maternal hacia su patrón, al que consideraba un simpático loco.

—La señorita quiere tan sólo saber si usted la recibirá ahora. Telefonea desde el pueblo.

Para Marianne, Neuilly seguía siendo un pueblo, y no un barrio exterior de la capital.

—Usted, verdadera imagen de la sensatez soportable, me está fallando. Lo primero que debe hacer, es decirme cómo se llama la señorita.

—No me lo dijo, por más que pregunté. Su interés parecía ser, saber si usted estaba en casa. Dije que iba a ver.

—Respuesta que significa que estoy en casa. Le apuesto su paga del mes próximo contra mis calcetines, a que ya colgó el teléfono su señorita.

—No es mi señorita.

Las discusiones entre el decorador y su ama de llaves, tenían muchas veces carácter manicomiable.

—Si no es su señorita, tampoco lo es mía. Áteme esta mosca por el rabo. Además, que a usted le tengo dicho que me faltan aún dos días para terminar mis quince de reclusión completa.

—La señorita que telefoneó parecía muy extraña.

—¿Cómo la vió?

—Hay cosas que se adivinan.

—¿Sí? ¿Adivina quién toca el timbre? Le apuesto… Espere, y antes de ir a enfrentarse con el autor o autora de la llamada, déjeme atisbar.

Gabriel Dufrety «atisbo». La luz eléctrica encendida desde dentro, iluminó repentinamente a la que se apoyaba en la verja, manteniendo el dedo en el timbre.

Denise Danglas miró en rededor, como asustada…

—Vaya a abrir, Marión. Lleve a la señorita a mi «termos».

El «termos» era la salita insonorizada, en la que Dufrety leía, oía música, y meditaba sobre asuntos muy ajenos a la decoración.

Marianne Quimper ya no se escandalizaba por nada, pero su

redonda cara expresaba austera indignación, cuando ante la puerta que mantenía abierta Dufrety, anunció:

—La señorita que telefoneó.

—Cena para dos, a las ocho, Marion. Menú venusino. Celebro verte, Denise.

Cerró él la puerta y Denise Danglas, con una extraña risa plasmada en el hermoso rostro, comentó:

—Estás muy bien instalarlo, Gabriel.

Los ojos azules de la rubia estrella de cine, tenían un brillo artificial. Gabriel Dufrety mostró el diván, mientras iba a sentarse tras la mesita, de espaldas a los estantes de libros.

—Estás más bonita que nunca, Denise. ¿Qué tal te van los contratos?

—Hace once horribles días que París es París.

—Dirás que hace ya once gloriosos días que París está libre de alemanes. Hay un matiz diferencial.

—¿Se me ve mucho, Gabriel?

—¿El qué?

—Que estoy ebria, repulsivamente ebria…

—Lo llevas magníficamente. Apenas se te nota.

—Tú no puedes ser cruel conmigo. Yo no te hice ningún daño.

—Vamos a ver si procuras ser la helada mujercita tallada en carne sensual, pero dueña de un sistema nervioso de acero. Es natural que celebres con libaciones patrióticas…

—¡Sarcasmos, no! Entre tú y yo no caben ironías, Gabriel. Gracias por haber puesto en marcha el ventilador. Empecé a embriagarme la noche en que se tiró por la ventana, casi delante de mis ojos, Ginette. Ginette Prevost.

—Lo leí. No aludía a tu presencia. Figuraba tan sólo en la lista de colaboracionistas ajusticiados.

—Yo telefoneé porque no estaba segura de que no te hubiera pasado nada, Gabriel.

—¿Qué me tenía que pasar?

—Tú eras el decorador favorito de Hartmann.

—El arte no tiene raza. Y además, a mí no me compró Hartmann un abrigo de pieles.

—Eres un cínico, Gabriel. Tú y Hartmann erais muy amigos.

—Mejorando lo presente.

—Ya supuse que seguirías siempre igual. Tu cara es dura como el cemento. Invítame a beber, Gabriel.

—Agua con bicarbonato. O sal de frutas. Elige.

—Quizás… una taza de café bien cargado.

—Tú misma. Llegas hasta aquel armario, sacas la cafetera-samovar siempre lista, enchufas, te sientas, y cuando oigas el silbidito, dos tazas llenas. Una para ti y otra para mí.

Ella obedeció, volviendo a sentarse cuando la cafetera siempre preparada, estaba ya en conexión.

—Y siendo como eres un cínico, un descarado, he venido a verte, porque en el fondo, eres noble, Gabriel.

—Celebro que mi fondo se vea.

—Yo no he sido noble. No lo fui contigo.

—Ya pasó aquello. Yo tuve la culpa. Soy así. Resbalo, pero si me rompo un hueso, no le echo la culpa a los demás.

—Es que… Rudolf era muy celoso. Y tuve que demostrarle que se equivocaba.

—No diste pie, pero Hartmann hubiera podido imaginarlo. Fui yo quien pretendió lo imposible: deshelarte.

—Nunca entendí aquello, Gabriel. Yo sé perfectamente que nunca te gusté… Tú sabías que conmigo, salvo pasando por los trámites legales, nada podías esperar. ¿Por qué entonces te expusiste a que Rudolf te hiciera pasar un mal rato, haciéndome objeto de tu descarado «flirt»?

—Arrebatos que tiene el hombre más sensato. ¿No perdió por ti la cabeza el muy sensato Rudolf?

—Ya sabes entonces… que lo degollaron…

Se estremeció ella al oír el pitido del samovar, y levantándose fué a recoger las dos tacitas. Cuando se volvió, el rostro de Dufrety ya no tenía la expresión de gato al acecho, sino la del cínico Gabriel.

—Gracias, Denise. Tus bellas manos avaloran el más infecto de los objetos que tocan. ¡Hasta el cuello de un alemán!

Denise Danglas denegó con la cabeza.

—Yo no fui… aunque lo degollaron en mi piso, el mismo día en que me iba a llevar a Suiza. El día en que los «maquisards» entraron ya libremente en París.

—El café sin azúcar te despejará más, Denise.

—Yo hubiera podido explotar la muerte de Rudolf, diciendo que le maté. Pero tanto si me crees como no, te diré una cosa, Gabriel. Yo le tenía amor a Rudolf. No me importaba que fuera un hombre de la Gestapo, porque para mí era todo atenciones, delicadeza, bondad…

—Y empleó su dinero en lanzarte como gran estrella. Es lógico pues, que le tengas gratitud.

—La bofetada que te dió, te la ganaste, Gabriel. Hiciste muy bien en no devolvérsela.

—Rudolf era un hércules.

—No fué por eso, Gabriel. Tú volteaste una vez a dos tramoyistas que eran mucho más fuertes que Rudolf. Cuando Rudolf te sorprendió intentando besarme, demostraste mucha inteligencia. Te dejaste pegar la bofetada.

—Me evité ir a cierta celda especial.

—Cuando te lo propones eres muy convincente. Lograste hacer reír a Rudolf, presentándote como un majadero ridículo. Tienes mucho dominio de ti mismo. En los estudios te consideraban un hombre inteligentísimo, y por eso estoy aquí, Gabriel.

—A tu servicio siempre.

—Yo no sé si voy a volverme loca, o seré capaz de resistirlo. Hace once horribles noches que hay una sombra constantemente tras mis pasos.

—Es lo matemáticamente inevitable. La sombra sigue nuestro cuerpo o se adelanta, según donde dé el sol o la luna.

—No es mi sombra. Es otra.

—Siempre me han gustado los chistes de fantasmas, pero éste es impropio de tu espiritualidad, Denise. Eres cerebralmente muy sólida, para creer en fantasmas.

—No es un fantasma. Es un hombre.

—Ya estás acostumbrada a esta clase de sombra.

—Vaya donde vaya, él está siempre rondando. En el patio de la casa
D'Eglantier,
en el puente, cuando salgo tarde, para no enloquecer allí dentro de aquella casa, sola… Me ha seguido hasta aquí. Cuando la luz se encendió, le vi. Su sombra se proyectaba a tres pasos, a mi izquierda.

—Esto es infantilmente solucionable, Denise.

—No lo es, no lo es… —dijo ella sacudiendo la cabeza, desesperadamente.

—Antes no bebías, Denise. Si últimamente abusaste, puedes tener pequeñas alucinaciones.

—A la noche siguiente de lo que sucedió con Ginette, salí dispuesta a ir a visitar a la policía. Y entonces vi por vez primera la sombra. Me entró miedo, y después de ir por el puente Sully, regresé por el puente Marie. Cuando estuve arriba, miré… La sombra estaba paseando por el patío.

—Me das ideas para un guion futuro. Pero el público es cada vez más exigente. Quiere lógica. Pensarían que si a una persona le salen dos sombras. Se encara con la segunda, pasado el primer susto.

—La segunda noche, lo mismo. Y cuando al estar en el patio, le vi a tres pasos, me acerqué.

—Lógico.

—Creo que grité un poco. El hombre no se inmutó. Me miraba en silencio. Volví a sentir miedo, y subí al piso de la casa D'Eglantier.

—¿Conoces al hombre que te sigue?

—No. La tercera noche, le dije que si persistía en seguirme, llamaría a un policía. No dice nada… No contesta, no habla. Se limita a mirarme.

—Un adorador mudo.

—Pensé ir a visitar al inspector Baptiste, que fue el que investigó la muerte de la pobre Ginette. No lo hice, porque sé que no me hubiera hecho caso. Me habría dicho que no es delito que un hombre siga los mismos pasos de una mujer, si no le habla ni la importuna. Y no es un «maquis», porque si lo fuera…

—Ya ha pasado la desorganización. Ya no ametrallan por las calles, Denise.

—Pero si fuera un «maquis», me hubiera llevado a la cárcel.

—¿A qué has venido, Denise?

—A mí no me contestará, pero…

—¿A mí sí? ¿Por qué?

—Eres inteligente, Gabriel.

—Si el que te sigue es mudo, o es un maniático, lo mejor que puedes hacer es ir a la policía.

—Es que… ¡estoy casi segura que es un policía!

—Si un policía te siguiera, no le verías ni la sombra. Mira, como has conseguido intrigarme, vamos a planear un medio sencillo. Vas a salir, y si tu sombra te sigue, intervendré amablemente. Veremos a ver lo que sacamos en limpio. Saldrás sola, y caminarás por la acera a tu izquierda, cuando salgas. Caminarás sin prisas. Del resto me ocupo yo.

Denise Danglas poco después, hundidas las manos en los bolsillos de su chaquetón de pieles, cubiertos los cabellos con el pañuelo de seda, caminó sin prisas, apenas hubo abierto la verja.

Miró cuando llevaba andados unos diez metros. Miró al suelo. Tras su sombra, a la rítmica distancia de su caminar, la otra…

Un hombre alto, delgado, con gabardina azul, sombrero de fieltro azul, pañuelo granate al cuello.

Unos treinta años. Cabello negro, abrillantinado, boca delgada, nariz un poco achatada y ojos grandes, negros…

Aquel rostro de impávida dureza, de boca, silenciosa, lo tenía grabado en la memoria, rasgo a rasgo.

Y recordaba también la aplomada seguridad con la que casi al mismo instante en que ella, exasperada, alzó la mano no sabiendo sin abofetearle o arañar, el desconocido había asido su muñeca al vuelo y después la otra.

Con dedos que parecían forjados en hierro, le mantuvo un instante las muñecas. Las soltó, retrocediendo tres pasos. Sin pronunciar una sola palabra.

Denise se detuvo ahora, porque volviéndose, acababa de ver una tercera sombra interpuesta entre la suya y la del misterioso seguidor.

CAPÍTULO IV

Gabriel Dufrety se tocó el borde del sombrero fieltro.

—¿Tiene fuego, por favor?

El interpelado denegó con la cabeza.

—¡Éste es el hombre que te digo, Gabriel! Ahora ha de explicar por qué me sigue por todas partes.

Gabriel Dufrety sonrió invitador:

—Ya oyó lo que dice la señorita. Ha venido a quejarse de que usted la va siguiendo desde hace once noches. ¿Es que no piensa dormir nunca?

El hombre de la gabardina azul y él pañuelo granate, retrocedió tres pasos. Se reclinó contra la columna que a trechos se repetía, engarzando rejas que cerraban con setos y trepadoras los jardines de una casa.

Sacó una pitillera y extrajo un cigarrillo, que fue golpeando sobre el cerrado estuche, para después encenderlo con la llamita que surgió del mechero inserto en la pitillera.

Cuatro operaciones lentas, meticulosas, sin mirar a la que asida del brazo de Dufrety, insistía:



...un prolongado y agudo chillido

—¿Ves cómo no habla, ves cómo intenta enloquecerme?

Gabriel Dufrety avanzó, desprendiéndose de la mano que le asía.

—¿Tiene fuego? —pidió, mostrando su cigarrillo.

El hombre de la gabardina azul, sopló su mechero, y volvió a meterse la pitillera-encendedor en el bolsillo.

Denegó con la cabeza, mientras exhalaba humó por la nariz.

Gabriel Dufrety encendió con una cerilla. Dijo:

—Vuelve a mi casa, Denise. El señor te esperará a la distancia respetuosa y legal.

Denise Danglas obedeció, y cuando estaba a unos tres metros, el individuo se puso en marcha.

A su lado. Dufrety en silencio. Cuando Denise Danglas empujaba la verja, el individuo estaba ya reclinado a tres pasos.

Delante de él, Dufrety insinuó:

—¿De qué sanatorio mental se ha escapado usted, amigo? Ande, sea buen chico y déjeme llevarle a su celda.

El de la gabardina azul, miró la colilla de su cigarrillo, y empleando el pulgar y el dedo medio, la catapultó lejos, por encima de la cabeza de Dufrety.

—Tanto trasnochar es perjudicial para la salud. Tenga presente que Denise ha aceptado mi fraternal hospitalidad, o a lo mejor sale por el jardincillo de atrás.

El enigmático personaje miraba fijamente al decorador. Inexpresivo el rostro.

—Ah… Hay otra sombra vigilando por si Denise intentase librarse de usted. Comprendido. Amigo mío, si mañana al amanecer no le recogen yerto y acatarrado, vendrá a buscarle un par de policías. ¿No sería más sensato irse a dormir?

El otro no habló, pero su avance de mentón señalando hacia la verja, fué elocuente.

—¿Que me vaya yo a dormir? Hace usted el mudo, pero estupendamente, amigo. ¿Por qué no entra y se toma un café? En la cocina le darán de cenar, si lo pide. Realmente ha conseguido usted hacerse el interesante. Me suscita ideas malsanas. Darle un pisotón para oírle la voz… Me quedan aún dos días de reclusión voluntaria, y no quiero ir a comisaría. De lo contrario, intentaría oírle la voz como fuera.

Gabriel Dufrety esperó un instante. El otro, silbaba entre dientes muy suavemente, mirando con fijeza inexpresiva a Dufrety.

El decorador se encogió de hombros, y volvió a tocarse el ala del sombrero.

—Cada cual es dueño de sus caprichos, amigo. Buenas noches.

Siguió el otro silbando suavemente.

Al cerrar tras sí la verja, Dufrety sonrió. No era un loco ni un

caprichoso el hombre de la gabardina azul. Ni un policía, ni un «maquis».

Encontró a Denise Danglas en la pequeña alameda. Ella había estado tratando de oír hablar al desconocido, casi pegada a los hierros del seto colindante con la verja.

—¿Qué he de hacer, Gabriel?

—Ser sincera conmigo, si quieres que te ayude.

Ella no contestó, porque estaban ya en el recibidor, y Marianne Quimper preguntaba:

—¿Pongo en frío el Sauternes?

—Más tarde. La cena a las ocho y media, Marión.

—Tengo las «andouilletes» al horno, y se van a endurecer.

—Tírelas, y haga otras. Así no se aburrirá.

Cerró Dufrety la puerta del «termos», tirando su abrigo, fular y sombrero a un rincón, sobre una silla.

Denise Danglas fue al mueble-licorera, y alineó sobre el espejo-mesita, los ingredientes para un cóctel. Cuando ya hizo la mezcla y la sacudía, se volvió a mirar a Dufrety.

—¿Qué dijiste cuando nos interrumpió tu cocinera?

—No es mi cocinera, sino mi ama de llaves. Sin azúcar ni guinda mi «Flip». Y el otro lo preparo yo, porque prefiero el «fizz». Menos dulce.

—Dijiste que yo debía ser sincera contigo, si quería que me ayudases. Yo no tengo por qué mentirte.

—Ya está bien batida la mezcla, Denise. Si quieres, podemos cenar.

—¡Contesta, Gabriel! No me exasperes.

—Pregunta y contestaré.

—¿Por qué crees que no soy sincera?

Hizo ella la pregunta tendiendo una de las dos copas, y apenas la cogió Dufrety, ella apuró la suya en tres sorbos.

—Esta sombra está muy segura de sí misma. Como si entre las dos sombras, la tuya y la de él, existiera el claro oscuro de una fraternidad especial. No sé si me hago comprender, pero soy muy sensitivo a los matices cromáticos. En ti hay grises de terror inexplicable, y en él, firmes azules de reposada confianza.

—Eres absurdo. ¿Iba yo a venir a pedirte ayuda, si pudiera… o si conociera a este hombre?

—A él, puede que no lo conozcas. Pero tal vez sospeches que él sabe algo que no te interesa revelar, y con su constancia en demostrarte que tienes una segunda sombra, te da a entender que hagas lo que hagas, vayas donde vayas, al final tendrás que claudicar.

—Todos los artistas sois demasiado imaginativos, Gabriel.

—Un bien y un mal, según se mire. Te gustará más el «fizz».

—No soy una colegiala enamorada, Gabriel. Si pretendes embriagarme, perderás el tiempo creyendo oír de mis labios revelaciones sensacionales y truculentas. Salvo mi relación con Hartmann, nada más hay en mi pasado reciente… y de siempre.

—Entonces, hazme caso, y vete a ver cualquier policía. Ellos cogerán a este mudo, y le harán cantar.

—Será lo mejor, sí. Conocí al inspector Baptiste, y me pareció un hombre inteligente. Es de la Brigada Criminal, distrito «Islas». Muy atento.

—Puede que al teléfono te indiquen dónde está ahora. Explícale lo que te pasa.

—Si consintiera en venir, puede molestarte.

—¿A mí? ¿Por qué? No he matado a nadie todavía.

—Eres… estás en la lista de los colaboracionistas.

—Esto pasará pronto. Además, Baptiste es policía que sólo entiende de asuntos criminales.

—¿Y si le llamo y me contesta como la otra vez?

—¿Le has llamado ya?

—No, pero me dijo que sólo podía intervenir en asuntos criminosos. Puede contestarme que no hay delito en seguir a una mujer.

—Dile que tu seguidor acaba de intentar asesinarte ante mis propios ojos, lo que quieras… Es mi intención ayudarte.

—Te estás burlando de mí, Gabriel.

—No veas una tercera sombra inexistente, Denise.

Recogió ella su chaquetón, su pañuelo, y fué colocándose ambas prendas.

—Me voy, Gabriel. Pensé que podía contar con tu ayuda, pero me equivoqué.

—Te has equivocado.

—Buenas noches, Gabriel. Sin rencor.

—Sin rencor. Buenas noches. Ya conoces el camino.

—Voy a visitar al inspector Baptiste.

—Muy bien hecho. Y yo a cenar triste y solitario.

—Tienes tu cocinera. Es una compañía. No estás solo… Yo sí.

—No estás sola. Tienes más que los comunes mortales. Dos sombras.

Ella no replicó, y sólo cuando él hubo abierto la puerta, dijo conteniendo su nerviosismo:

—Puede que te arrepientas de no haberme ayudado, Gabriel.

—Soy un sensitivo, y detesto que me mientan.

—No tengo por qué mentirte.

—Obstinada reiteración en la negativa.

—Pero ¿qué es lo que supones?

—En abstracto mucho, en concreto nada.

—¡Adiós!

Se alejó ella hacia la puerta, con taconeo preciso. Gabriel Dufrety exclamó:

—¡La cena, Marión! Quite un cubierto.

Denise Danglas atravesó el jardín, y tardó un instante en poder abrir la verja.

No miró cuando caminaba hacia la parada de autobuses. Estaba ya acostumbrada al rumor de los pasos que la seguían.

En el autobús, cuando una refracción lateral fotografió al ocupante del asiento tras ella, vió el perfil que empezaba a obsesionarla.

En la Prefectura de la Cité le dirían dónde podía encontrar al inspector Baptiste. ¿Resolvería algo? Tenía que hacerlo, al menos para oír hablar a aquel hombre…

Estaría obligado a mostrar su documentación.

Cuando descendió en el puente Saint Michel, y entró en la conserjería del vasto edificio sede central de la prefectura de policía parisina, vió al seguidor, instalarse contra una pared, encendiendo un cigarrillo.

No temía pues a la policía… ¿De dónde dimanaba tanta seguridad?

Preguntó al agente de servicio. Y éste telefoneó, para después indicar:

—Se disponía a ir a cenar el inspector, señorita. Lo encontrará

en el piso segundo, despacho sexto… No, aquí no, señorita. En el «Quai des Orfèvres», unos minutos en un coche…

Ella llamó un taxi. De la misma parada, otro taxi siguió al suyo.

CAPÍTULO V

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. Hasta ahora he tenido la suerte de no ser reconocida por la calle, aunque sólo salgo obscurecido… Gracias, no fumo.

—Son cigarrillos suaves, mentolados. No son míos.

Abel Baptiste cerró la cajita, y volvió a acodarse en su sillón. El despacho era sobrio y elemental. La silla en que se sentaba ella, incómoda.

Visitas breves.

—Me dijeron que iba usted a cenar.

—Tengo esta mala costumbre todas las noches.

—Once noches en que un hombre tiene también la mala costumbre de seguirme vaya donde vaya.

—Es usted muy bonita, y lo sabe.

—Este hombre no me sigue con intención de conquistador callejero. Pasa la noche entera esperando y siempre a tres pasos de distancia, los mide, siempre tres pasos… Ahora mismo está allí. Allí fuera. Lo puede ver en la calle.

—Entonces, ya no está a tres pasos de distancia.

—También usted se burla de mí.

—Yo no. ¿Quién es el otro?

—Gabriel Dufrety, un decorador, de cuya casa vengo. Fué él quien aconsejó viniera a visitarle.

—¿A mí, precisamente?

—A la policía, pero como yo le conocía ya, he venido a rogarle que interrogue a este hombre, preguntándole por qué me sigue.

—Cortésmente tengo que indicarle que para ese menester cualquier guardia sirve. ¿Acusa de algo en concreto a este hombre

que la sigue?

—¡No, nada en concreto, nada en concreto! Parece como si todo el mundo tenga empeño en que me vuelva loca.

—Personalmente no tengo el menor interés en conturbar su cerebro, señorita. Me comunican de Prefectura que una señorita pregunta por mí, y espero. Usted acude hablándome de un seguidor que durante once noches la sigue. Mi pregunta es ritual, al indagar si acusa de algo concreto a este hombre.

—¡Quiere matarme! ¡De esto le acuso!

—¿Tiene pruebas? Siento decirle que volverá a aludir a una conspiración, pero como goza usted de excelente salud y no lleva huellas de sangre, debo deducir que…

—¿Es que no hay ley que permita a una ciudadana solicitar de la policía un servicio?

—A una ciudadana parisina o de cualquier nación, sí. Muéstreme su documentación, y la atenderé.

—¡Usted sabe quién soy! ¡Tome mi documentación!

—La conocí más reposada, pese a que acababa de matarse una amiga suya. No están en regla sus papeles, señorita Danglas. Falta el sello del alcalde de su distrito, o del sitio donde se aloje usted. Hay edictos fijados en la pared, concediendo una prórroga de tres días más para cumplir con este requisito. Vuelva cuando tenga el sello. Entonces será una ciudadana con todos sus derechos.

—Quiero conservar mis cabellos. Lo primero que hacen con la que como yo tuvo amistad con un alemán, es pelarla al rape.

—Muy desagradable, y usted tiene unos cabellos preciosos.

—¿Qué le hice yo, inspector Baptiste? Sí, no me tome anticipadamente por loca. ¿Qué le hice yo, inspector Baptiste, para que me trate con tanto desprecio?

—Será que mis ojos han visto tantas miserias, que ya no sé mirar con aprecio. Personalmente, nada nos une ni nos separa. En este asunto, sí. Nos separa un simple sello de alcaldía. Si no salen nuevos edictos, y dentro de cuatro días reaparece usted aquí, sin el sello de alcaldía, tendré que detenerla, por infracción de su deber de ciudadana.

—¿Es un agente suyo este hombre que me sigue?

—Mis agentes siguen a criminales en potencia o en observación, pero casi siempre en forma hábil. Puede irse tranquila por lo que a

mí se refiere. Ninguno de mis agentes tiene por servicio, pasarse la noche en vela bajo sus ventanas.

—Usted no puede ignorar que en mi piso fué encontrado el cadáver de Rudolf Hartmann, degollado.

—Oí comentarios acerca de eso. Pero no pertenece a mi jurisdicción. ¿Ve usted?… A partir de ayer, ya empiezan las cosas a ser rutinarias. Aunque sea un alemán, si se le encuentra degollado, en mi distrito, es de mi incumbencia encontrar al asesino. Pero el día que usted me cita, la rutina no existía. Si por cada alemán muerto, y por cada francés muerto, en los años sin rutina, hubiera tenido que hacerse un expediente policial, ya no quedaría papel en las dos naciones.

—Me gustaría hacerle una pregunta, inspector.

—No se prive del gusto.

—¿Dónde estuvo usted, durante la guerra?

—Mi hijo se empeñó en no esperar a los alemanes. Un chico consentido, como era lo natural, al perder su madre a los once años. No volví a casarme. Y me convenció. Pedí la excedencia, pero como no querían dármela, me fui ilegalmente. El catorce de marzo del año pasado, fué fusilado en un pueblecillo del Loira. Lo cogieron cuando estaba disparando contra un destacamento enemigo.

—Ahora comprendo… Perdóneme, inspector.

—Todos necesitamos mucha misericordia. Pero hemos de ganarla. Y usted no sigue el camino adecuado, señorita Danglas. Ya que ha venido a preguntarme, a mi vez le preguntaré: ¿no concurrieron hechos extraños en el asesinato de Rudolf Hartmann?

—No.

—Entonces considera usted muy natural que en su piso, donde fueron algunos jóvenes a buscarla, encontraran degollado a Rudolf Hartman. No era suicidio. Y todo su piso, señorita Danglas, aparecía registrado por manos ajenas a los jóvenes fogosos de la resistencia. Había manchas de sangre en varios sitios, que no pertenecían al grupo sanguíneo de Hartmann.

—Creía que no había expediente en los tiempos de rutina.

—La muerte de Hartmann se apartó de la falta de rutina que imperó durante la guerra, en un punto muy rutinario. Pero no me corresponde descubrir este punto. Salvo, si me lo ordenan. Pensándolo bien, lo solicitaré. Sí, señorita Danglas. Solicitaré que

me encomienden el expediente que no sé aún por qué tiene unos nombres convencionales. Rutina… Cuando no se sabe contra quién, ni se quiere mencionar a la víctima, se emplean en cubierta del expediente unos signos o palabras convencionales, que para los que no están en el secreto, resultan misteriosos. Lo son para mí, cuando examiné por azar el expediente. Sólo la cubierta. Decía textualmente: «INERTIA», y en letra minúscula debajo, había otra palabra: «Stalag» y un número: «17». Un jeroglífico.

—Un «stalag» era como llamaban a los campos de concentración.

—Gracias. Estuve en uno. Sólo unas horas. De todos modos, le agradezco su ayuda. Por cierto, que el número 17 podía corresponder a la numeración de los campos. «Stalag 17». Eso es. Y a lo mejor puede usted identificar el significado de la palabra «inertia».

—No.

—Debí suponerlo. Buenas noches, señorita Danglas.

—¡Diga… que están jugando conmigo! Usted cree que tengo… que sé por qué mataron a Rudolf, y que me lo callo. ¿Por qué no me interrogan de una vez?

—Le recomiendo que visite a un especialista neurólogo.

—¿Qué pretenden? ¿Por qué no me encarcelan? ¿Por qué me sigue constantemente un hombre, al que usted se niega a interrogar? ¿Por qué ahora da usted por supuesto que pueda yo saber…?

Se interrumpió ella, y bajó la cabeza. La mirada del inspector Baptiste contenía un desdén insoportable.

—Perdóneme, inspector —susurró.

—La postguerra ha desquiciado los nervios a mucha gente. Pero todo va volviendo al cauce rutinario, intente usted también volver al cauce normal.

—Buenas noches, inspector. No volverá a verme.

—Decimos eso… pero ¿quién sabe? Buenas noches, señorita Danglas.

Cuando ella estuvo en la calle, se dirigió rectamente al imperturbable seguidor. Le sonrió.

—Puesto que no veo la razón por la que tenemos que andar a pequeña distancia el uno del otro, tal vez lleguemos a un acuerdo.

Invíteme a cenar, diga lo que pretende, y según su oferta, no tendrá por qué perder sus noches.

El otro asintió en silencio. Ella se cogió de su brazo.

—Hasta hace poco me daba usted miedo. Ya no. Si usted fuera de la policía o del servicio secreto, el inspector Baptiste habría fingido interrogarle. ¿O es usted del servicio secreto?

Denegó con la cabeza el seguidor, que ya no lo era. Caminaba acompasando su zancada a los pasos de Denise Danglas.

—Me llamo Denise Danglas. Puesto que vamos a cenar juntos, ya puede usted decirme cómo se llama, o inventarlo. Da igual. Ha ganado usted la partida.

CAPÍTULO VI

Gabriel Dufrety bebió un sorbo de *kirsch*, mientras su índice izquierdo iba descendiendo por el lomo del álbum en su discoteca.

Tenían historia aquellos siete discos. Una historia que sólo podía explicar un alto personaje y el propio Dufrety.

«Preludio de Lrihengrin».
«Muerte de Isolda».
«A la primavera», Grieg.
«La última primavera», Grieg.
«Concierto de Quebec», Matissen.
«Junio», Tchaikowsky.
«Primavera», Sinding.

Eligió el quinto, colocándolo en su radiogramola. Fué a tenderse en la cama turca, y por unos instantes mientras escuchaba los compases musicales, pensó en Debussy.

Era propenso a establecer un parangón entre los sentimientos recónditos que iban surgiendo al conjuro musical, y su íntima relación con hechos sórdidos, donde también había una melodía especial, subconsciente.

Así como había melodías que suscitaban ideas de algo misterioso, incomprensible para el normal entendimiento, había seres humanos, debatiéndose en misteriosa rareza.

Denise Danglas se debatía en las sutiles mallas de una de esas melodías, y no lograría el acorde final, la paz espiritual, mientras persistiera en creerse capaz de vencer la opresión de un ambiente

creado por un compositor cuyo pentagrama era la sutil tela de araña, tejida para atrapar a la poseedora de un secreto valioso.

Denise Danglas siempre había sido considerada una mujer bonita, calculadora y de nervios acerados.

Sonrió Dufrety, porque también él era considerado un cínico insensible. Cada ser humano tenía un marchamo, y sólo algún hecho insólito, podía descubrir su verdadera personalidad.

Llamaron en la puerta de su refugio insonorizado, y el tenue zumbador, le obligó a levantarse para abrir.

Marianne Quimper, con sus botas de lluvia, su largo impermeable y boinas vascas, anunció:

—Usted me dió permiso para ir esta noche al teatro.

—Cierto, ciertísimo. Disfrutará horrores viendo la opereta. Me la contará mañana, Marión. ¿Quién es el valeroso mortal de buen gusto, que tiene esta noche el derecho de sentarse a su lado?

—Marie Quiluch me acompaña con su esposo.

—Usted desprecia al simio perfeccionado llamado hombre, Marión. Pero debe esforzarse un poco en meditar que hemos nacido para sucumbir a la ley humana y natural.

—¿Puedo permanecer en casa de mi amiga hasta mañana? Lo digo porque a la salida, es tarde, y los autobuses no ofrecen seguridad aun.

—Sea usted dueña de sus nocturnas expansiones, Marión. Diviértase.

—Gracias. ¿Desconecto los timbres?

—No. Porque tengo la convicción de que recibiré una visita, si mi premonición acerca de las reacciones de una mujer asustada, no pecan de infundadas.

Marianne Quimper inclinó la cabeza, alejándose. Gabriel Dufrety dejó su puerta abierta, y volvió a tenderse.

Pensó de nuevo en Rudolf Hartmann. Un hombre ingenuo, porque estuvo convencido hasta el último día de que cuantos morían constituían el necesario holocausto para mejorar el mundo.

Levantó el *pick-up*, porque su teléfono sonaba. Lo aplicó a su oído, esperando, sin decir nada. Una voz masculina dijo:

—... Pregunte por el señor Dufrety y dígale que se trata del

presupuesto fichado «cinco, Matissen».

El álbum de discos del que había extraído el que estaba en el afelpado plato, llevaba al lomo varios números y nombres, como era lógico.

«5. Matissen. Concierto de Quebec».

Si aquel extraño mensaje era recibido por Marión, ella hubiera pensado como otras veces, que un decorador en sus presupuestos, tenía forzosamente que darles una sigla comercial, para no confundirse.

Tampoco podía Dufrety confundirse en aquel importante concierto en el que Denise Danglas era un compás en «lei motiv».

—… Yo mismo. Puede hablar.

—… Buenas noches, Dufrety. Ella entabló contacto con su sombra. Fueron juntos, sin que él despegase los labios, a la «Pomme d'Or».

Ella acaba de salir, mirando en rededor, y andando calmosamente. Demasiado calmosamente. Ha cogido un taxi, y he dejado de seguirla porque el taxi ha tomado la carretera de Neully.

—… Venga a esperar, por si ella, no acepta el permanecer aquí. Avise a «dos, Wagner», y que se instale en la isla San Luis, hasta nuevo aviso.

—… Sí, señor.

Colgó Dufrety. Y volvió a bajar el *pick-up*.

En la serenidad musical, el compositor acababa de introducir un compás brusco, chirriante, pero sin discordancia. Era una melodía perfecta, aunque el final estaba todavía lejano, si Denise Danglas persistía en no abandonarse.

Volvió a evocar el rubio, apolíneo y atlético Hartmann. No podía ser considerado como un malvado, puesto que si algunas veces intervino en supliciar, lo hacía con el fanatismo del convencido de que pasado el período de implantación, con su secuela de sangre, llegaría la primavera idílica, en que todos serían buenos gracias a una autoridad inflexible.

Rió Dufrety ásperamente al recordar aquel pasaje del discurso de Hartmann. Hablaba como el profesor que palmeta en mano, afirma que la letra con sangre entra.

Una candidez teutónica… donde hasta la violencia era «kolossal». Saltó en pie, dirigiéndose a la parte delantera de la casa.

Había sonado el timbre pulsado desde la verja. Hizo funcionar el dispositivo eléctrico, que descorría el pestillo férreo, y daba impulso a los resortes, que abrían la verja.

Lo volvió a conectar apenas comprobó que Denise Danglas había entrado.

Fue a abrir la puerta, inclinándose en reverencia solemne.

—Me agrada comprobar que tu adiós no lo era.

Ella entró sin prisas, como abatida. Pareció alejar una visión estremecedora al sacudir la cabeza, mientras se quitaba el pañuelo.

—Me debes considerar una plaga, Gabriel.

—Egipciaca era María Magdalena, ¿o no lo era? Pero las plagas sí eran egipciacas.

—Tu afición a soltar a veces jeroglíficos, ya no me divierte. Estoy cansada, Gabriel; muy cansada.

—Lo estuvo María Magdalena hasta que se decidió a arrepentirse.

Denise Danglas se tendió en la cama turca, cerrados los ojos.

—Es impresionante ver morir a un hombre, Gabriel.

—Bebe un poco de «pippermint», y considérame un amigo tuyo.

—No has sido nunca mi amigo, Gabriel.

—Pero puedo serlo. Y tú misma obscuramente lo presientes, puesto que vienes a buscar reposo donde estoy.

Ella medio incorporada, bebió a sorbos en la alta copa esmeraldina. Gabriel Dufrety amontonó a su espalda, los almohadones.

—Lo mataron delante de mis ojos, Gabriel. Como… cuando murió Ginette…

—No creas en presagios. El hecho de que muriera Rudolf, tu novio, Ginette, su amiga, y ahora otra persona, casi delante de tu vista, no significa que des mal de ojo.

—Esta maldita guerra nos ha insensibilizado mucho, Gabriel.

—Ya no hay guerra, y volveremos a la normalidad. Si quieres dormir, te cedo este refugio, o si lo prefieres mi alcoba. Una pura amistad en la oferta, Denise. No te ofendas.

Ella se sentó, mirando hacia un rincón. Fue diciendo en voz baja:

—Estuve hablando con el inspector Baptiste. Le mataron un hijo durante la guerra. Me odia, y parece complacerse en mi desesperación. Si le conocieras, me comprenderías mejor. Es cortés, irónico, y sin embargo da la sensación de un implacable enemigo.

—No debes ver enemigos por todas partes, Denise.

—Le expliqué lo que me sucedía. Me pidió el sello. Mis papeles, mientras no tengan el sello reglamentario, no me autorizan a pedir protección.

—¿Protección? Siempre supiste protegerte.

—Cuando salí, me decidí a coger del brazo a mi sombra. Le dije que me invitara a cenar. Y aceptó.

—¿Su voz es de tenor o de barítono?

—No habló hasta que estuvimos en un cenador de la «Pomme d'Or».

Tenía una voz ordinaria, de meridional. Me dijo que se llamaba Marcel Prèval. Y dijo lo mismo que tú y que el inspector. Que yo tenía un secreto relacionado con la muerte de Rudolf. Y que él había estado esperando a que yo me decidiera. Hasta en los sucesos más trágicos, hay una nota grotesca, Gabriel.

—Eso es lo que hace soportable la existencia.

—Prèval estaba sorbiendo una ostra, con apetito. ¿Conoces los cenadores de «Pomme d'Or»?

—Antesala tapizada en reps rojo, y comedor falsamente hogareño, con toques eróticos, de espejos, candelabros y luces diversas, a voluntad del consumidor. Detestable.

—El camarero dejaba los platos en la antesala, a petición del propio Prèval.

—¡Atrevido Don Juan!

—No pretendía aventura de esta índole.

—De un tiempo para acá, eres muy modesta. En todos los que te siguen o miran no ves hombres, sino mecanismos dispuestos a extraerte un secreto.

—Estaba, sorbiendo su ostra, cuando puso una cara extraña.

—¿Había mordido una perla?

—Me miró… Tardaré en olvidar sus ojos dilatados, de loco… Permaneció un instante erguido, y cayó de pronto… Su cara rompió un vaso… Y entonces vi su nuca, llena de sangre… Me levanté

horrorizada.

—Una escena parecida a la secuencia sexta de «Aventura en Panamá». Era Roger tu compañero, y estabas magnífica en tu terror.

—No era un balazo ni un cuchillo. Era una varilla larga, muy fina. Sobresalía por su cuello, bajo la mandíbula… Y yo no había visto ni oído nada. Tardé en darme cuenta, y ya entonces decidí no llamar. Pude salir por la puerta posterior, y decidí venir a verte.

—Bien hecho. Pero te estarán buscando. Habrán dado tu descripción. El inspector Baptiste interviene en casos criminosos.

—Yo no maté a Prèval. No le maté. Pero si Baptiste no me cree, casi será la solución. Iré a la cárcel común… No pasaré por la humillación de que me corten los cabellos.

—Recompongamos la escena. Vas a ver a Baptiste, y éste no te hace caso. Coges del brazo a tu sombra, que accede a cenar contigo. Se llama Marcel Prèval, y estaba sorbiendo una ostra, cuando un instrumento fino y largo, le atraviesa de parte a parte la garganta. ¿Qué pretendieron impedir? ¿Que te hablase o que pudiera oírte?

—Estoy muy cansada, y he decidido ser sincera contigo, Gabriel. Cierta vez dijiste algo que me impresionó.

—Soy magnífico cuando me lo propongo. ¿Qué dije?

—Aseguraste que el dinero no causaba la felicidad, pero que era indiscutible que salvo ser un hombre primitivo y normal, la falta de dinero provocaba incomodidades constantes. Y que era necesario vivir confortablemente, sin pararse en escrúpulos.

—A veces me asusto yo mismo de mi pobre cinismo.

—Has ganado mucho dinero amueblando casas de tenderos.

—No las amueblaba. Las infundía vida, colorido y prestancia.

Ella más que escuchar a Dufrety, se escuchaba a sí misma, siguiendo el hilo de su reflexión.

—Yo sola no podré llegar hasta el final. Contigo, puedo intentarlo. Eres inteligente.

—Salta al oído.

—Y si alguien pudo creerte cobarde, yo sé que no lo eres. Se necesita mucha valentía para aguantar sonriente un bofetón.

—Tienes siempre empeño en disminuir las realidades. Rudolf me propinó una serie de bofetones, y si sonreí, fue estúpidamente, porque la cabeza me viajó de un lado a otro, y quedé en el limbo.

—Pero supiste hacer reír a Rudolf. Contigo puedo llegar hasta el

final.

—¿De qué camino?

—Muy peligroso.

—La varilla de hierro apuntillando, es uno de los baches de este camino, posiblemente.

—Sí. Pero ignoro quién la dispara. Como ignoro quién envió a Prèval. Quisiera dormir, Gabriel. Hace bastante tiempo que no consigo dormir tranquilamente. Aquí, sabiendo que tú impedirás que me pase nada, dormiría.

—No hay inconveniente.

—Le dije… a Baptiste que había ido a verte, y que tú me aconsejaste visitarle. Si por estas conexiones incomprensibles que entre sí tiene la policía relacionan en la «Pomme d’Or» al muerto, conmigo, es posible que Baptiste sea avisado.

—Comprendo. Podrá Baptiste venir aquí, si averigua mi domicilio. Sabré recibirle. Podrás dormir tranquila, salvo si lleva una orden de registro.

—Fuiste… estás en la lista de colaboracionistas.

—Pero Baptiste es policía nada más. ¿Quieres dormir aquí o en la alcoba?

—Donde tú quieras, Gabriel.

—Ven conmigo. Estás muy fatigada, realmente. Confiaste demasiado en tu fortaleza nerviosa. No veas intención masculina en mi abrazo. Te llevaré al lecho fraternalmente.

La alzó en vilo, y ella escondió la cara en el ancho hombro del decorador. Y poco después quedaba tendida sobre ancha cama, creación de Dufrety, imitando las antiguas camas normandas.

Cortinas en cuadro cerrado, y las cuatro columnas con aplique moderno de tenue luz fluorescente.

Denise Danglas fué desnudándose, en el interior, invisible.

—Duerme hasta saciarte, Denise. Bastará que presiones la tecla azul sobre el pequeño piano de la mesita a la izquierda, y te traeré el desayuno, si no llamas a medianoche, ni a horas de normal reposo. Buenas noches, Denise.

Amortiguada por las cortinas, llegó la voz:

—Eres bueno aunque no lo parezcas, Gabriel. Buenas noches.

CAPÍTULO VII

Abel Baptiste no había sido nunca noctámbulo, salvo en casos de servicio. Pero desde 1940, su ritmo vital había sufrido modificaciones.

Tardaba en hallar el sueño, y por eso, no le despertó la llamada en la puerta de su cuarto, en la pensión cercana a Clichy.

Abandonó la lectura del «Kempis», y fué a abrir.

—Buenas noches, señor inspector. Me envía el comisario Grandjean, que piensa que a usted puede interesarle el asunto de la «Pomme d’Or».

—Grandjean conoce perfectamente mis intereses. Vamos pues donde me espera.

—En la «Pomme d’Or», señor —reiteró el ayudante del comisario.

Tenía abajo el coche oficial, pero no explicó nada por el corto trayecto. Ni preguntó Baptiste. Había rutinas inviolables.

El famoso restaurante no presentaba ninguna anormalidad. Salvo que dos camareros, uno en cada inicio de escalera que conducía al piso tercero, pretextaba amablemente que los cenadores estaban ocupados, a los que se disponían a subir.

No decían nada a los policías, que iban y venían desde el tercer piso a la calle, por la escalera posterior.

El comisario Grandjean no lo hacía ex profeso, pero no ignoraba que le apodaban «Maigret» por su cachazuda corpulencia, su pipa, y su constante afán por vigilar las estufas.

—Hola, Baptiste. No estarías durmiendo, supongo. ¿Conoces a este sujeto?

Baptiste miró al hombre cuya cara estaba de perfil sobre la mesa, entre cristales rotos.

—Sí. Se llama Marcel Prèval, y era de la banda de Jacquot, «El Marsellés». Últimamente, se dedicaba a seguir por todas partes, de noche, y en la isla San Luis como punto de arranque y acecho, a una ex artista de cine.

—Para ti, entonces. Porque la ex estrella estuvo iniciando una cena con éste, y desapareció sin pagar la cuenta. La descripción corresponde a la encartada en el expediente que tú pediste. El de la muerte de Hartmann. Por eso te llamé.

—Hay bastantes rubias bonitas por Lutecia.

—Ya, pero el camarero reconoció a la Danglas. Le extrañó mucho que anduviera suelta, pero ha dicho que él se lava las manos.

—Una buena costumbre en quien lleva platos. ¿Qué clase de proyectil es éste?

—Puede ser una varilla de paraguas cortada en dos. Tan afilada que penetraría en carne, soplando por un canuto. Ahí tienes la cronología atestada. Hora de llegada, y hora del descubrimiento. Testimonio del camarero, y dictamen del forense. Firma aquí.

—Un momento, Grandjean. Este asunto puede no tener relación con la muerte de Hartmann.

—Telefoneé al «Manitú», y le dije quién era la sospechosa. Su respuesta fué tajante. Y por eso te llamé. Eres tú quien se hace cargo de cuantos paseos dé la Danglas. ¿Te dejo alguno de mis hombres?

—No seas egoísta. A ti te pertenece llevarte el cuerpo del delito, puesto que lo encontraste.

—De acuerdo. ¡Eh, pequeño!

Grandjean llamaba a todos sus agentes con el diminutivo. Acudía aquél a quien mirase.

—Hazte cargo de trasladar a éste. Pero que lo inscriban como propiedad del inspector Baptiste.

Mientras duró el rápido trabajo de los camilleros, Baptiste se paseó por el corredor, haciendo breves pausas en la antesala.

Sólo quedó Grandjean al interior. Y señalaba unos objetos sobre una mesita auxiliar.

—Tenía encima un fortunón tu cadáver. Veinte billetes de mil

francos, diez de quinientos dólares, y diez de cien. Una suma exacta, guardada en una cartera con cierre, y sujeta a su camiseta. La pistola es alemana; puede proceder del «maquis». En su monedero llevaba escasamente quinientos francos. ¿Se puede saber qué secreto de Estado posee tu rubia?

—Eso intento saber. Y no soy el solo, puedes creerlo.

—La banda de Jacquot «El Marsellés», tuvo varias actuaciones en el terreno del espionaje lucrativo, ¿no? Si no tengo mala memoria, hace dos años, en Niza, asaltaron la villa de un diplomático turco.

—No era turco, era suizo. ¿Qué has sacado en limpio?

—No fué ella. No era este sujeto un novato, que consintiera en que una mujer fuera a acariciarle los rizos del cogote. La varilla penetró por el cogote, seguramente lanzada desde allí. Ahora que si ella no fué la que manejó, puede muy bien estar en convivencia con el lanzador.

—¿Cerbatana?

—O pistola de agua, sustituyendo el chorro por varilla. Pero es asunto tuyo, y ya sabes más que yo.

—Tú eres comisario, y yo inspector.

—En el escalafón nada más, Abel. ¿Me necesitas?

—Has sido ya bastante amable conmigo. ¿Alguien vió algo?

—El servicio tiene mucho trabajo, y es lógico que por los pasillos y escaleras, suba y baje gente. Nadie ha visto nada sospechoso. Ni hemos encontrado nada. Ni un mísero botón, ni una hebra de cabello, ni una huella dactilar. Los asesinos han progresado mucho, desde que nos toman por personajes secundarios en las novelas. ¿Te quedas o nos vamos?

—Nos vamos. ¿Desde aquí?

Y Baptiste se colocó en la antesala, a un lado.

—Aproximadamente, sí. Al menos, el pequeño trazó el círculo con yeso aquí. Es Gerard, y vale.

—Ella no estaba obligada a ver al tirador, puesto que la luz es escasa aquí, y las cortinas abundan. Además, podía estar en pie, o de espaldas, mirándose al espejo. En fin, ella me lo dirá algún día.

Bajando las escaleras, Grandjean dijo al inquieto propietario que esperaba:

—Puedes hacer lavar los cubiertos, y que siga la fiesta. Se

entenderá de ahora en adelante con el inspector Baptiste. El lleva el asunto. Buenas noches.

En el coche, preguntó Grandjean:

—¿Te llevo a tu casa, o al depósito?

—Déjame en Saint Martin. Iré después al depósito. Y gracias por todo.

El comisario encendió su pipa, y con titubeo insinuó:

—¿Sabes lo que opina mi mujer? Tú la escusarás, porque es como todas, una entrometida. Conste que yo me limito a decirte lo que ella opina. Ven una noche a cenar con nosotros. Está obsesionada en presentarte a una amiga suya, la mujer cabal… En fin, para que no estés solo, dice mi mujer.

—Tu mujer es como tú.

—¿Va de halago o de reproche, Abel?

—Sois un par de almas buenas. Y os lo agradezco. Dile que iré a cenar cuando termine con este asunto de la Danglas. ¿Qué tal es su amiga?

—No está mal. Te admira hace tiempo, ¿sabes? Treinta y dos años, morena, metida en carnes, pero bien repartidas, y ha tenido muchos aspirantes, pero no les hizo caso. Mi mujer y ella hablan de ti como si fueras un portento. En fin, ya estás en Saint Martin. Suerte, y si me necesitas, siempre estoy a tus órdenes.

—Yo a las tuyas… y a las de tu mujer, Grandjean.

Cuando el coche volvió a arrancar, dijo Grandjean, apuntando con la pipa hacia el hombre que penetraba en la boca del metro:

—Ahí donde lo ves, pequeño, es todo un hombre. Pero si sigue a solas, no lo soportará.

—¿El qué, señor? —inquirió, intrigado, el ayudante.

—Hemos hecho todo lo posible para convencerle de que no es el responsable de la muerte de su hijo. Pero no hay modo. Él cree que no debió consentir a su hijo que se alistara en la resistencia, sino enviarlo fuera de Francia. Un drama más, callado y de los peores. Íntimo, y que va horadando la piedra como la gota de agua. Eso dice mi mujer. Y ya la conoces. Habla poco, pero a tiempo.

A las diez y cuarenta minutos, el inspector Baptiste tocaba el timbre engarzado en la verja, bajo la placa: «Gabriel Dufrety, decorador».

Brotaron luces, y la verja se abrió.

CAPÍTULO VIII

—Buenas noches, Dufrety. Creo que cierta vez nos presentaron, hace bastante tiempo, unos cinco años. Acababa usted de llegar de provincias.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo. Usted es el inspector Baptiste. Hágame el favor de considerarse en su casa. He abierto personalmente porque mí ama de llaves fue a París, al teatro. ¿Una copa de algo, inspector?

Examinó Baptiste la salita, antes de sentarse.

—Un rincón muy acogedor y favorable a las confidencias, Dufrety. ¿Me esperaba usted?

—Supuse que Denise me citaría, si le visitaba.

—En efecto. Le citó. ¿Por qué la aconsejó que me visitase? Gracias. A su salud, Dufrety.

—A la suya. Es coñac destilado en Borgoña. Denise me habló de un hombre que la seguía por todas partes, mudo. Una sombra de pesadilla, según ella. Le recomendé se viera con la policía.

—¿Por qué precisamente la policía, y por qué yo precisamente? Un coñac excelente.

—Tengo reserva, porque me pagó así el resto de la factura un cliente vinatero. Denise me dijo que en el suicidio de Ginette Prevost, fue usted el que efectuó las pesquisas.

—Ya. Pero Denise Danglas es bonita, y puede inspirar a un hombre el afán de seguirla en muda adoración.

—Eso era antes de la guerra de Waterloo. Hoy, los hombres son más prácticos. Hemos destruido el romanticismo del prólogo, de la espera. Y llegamos antes a la desilusión, aunque es menos hiriente. Le agradezco su delicadeza, inspector.

—¿Acerca de qué?

—No ha citado una sola vez mi mención en la lista negra.

—Siempre puede usted defenderse de la acusación de «colabo», aludiendo a las bofetadas que le dió Rudolf Hartmann.

—¿Trascendió tanto, que hasta usted lo sabe?

—Tengo el expediente relativo al asesinato de Hartmann. Lo degollaron. Se citan posibles enemigos particulares. Uno es usted. Pero no me considere tan poco sensible, como para no ignorar que un artista como usted, si se decidiera a matar, lo haría estéticamente.

—Gracias.

—¿Puedo hacerle perder el tiempo con divagaciones?

—Usted no divaga, inspector. Yo no tengo por costumbre dormir antes de las once y media.

—Parece ser que Denise opina que usted se burla de ella.

—Es muy suspicaz, y yo adquirí renombre de sarcástico. No lo soy.

—En mi carrera conocemos diversos tipos humamos. Y adquirimos una costumbre equivocada. Clasificamos al presunto delincuente, viendo en cada ser un futuro delincuente posible. Usted sería muy difícil de clasificar, Dufrety.

—Un honor especial que usted me hace, inspector.

—Con el tipo clasificable vulgarmente, cometemos pocos errores. Los difíciles son los aficionados inteligentes. Usted eso lo asimilará. Usted es un buen decorador, y no temerá la competencia de los profesionales, pero en cambio le mortificará la aparición de un aficionado inteligente, porque puede revolucionar la rutina. Una persona que de pronto, por apetencias tentadoras, decide penetrar en terrenos delictivos, da mucho trabajo al profesional. No se comporta según la rutina, y desconcierta.

—Le entiendo perfectamente. ¿Un poco más de coñac?

—No lo rehusaré, ya que insiste. Gracias. ¿Ha vuelto a ver a Denise desde que hacia las ocho de esta noche, vino a visitarme?

—Sí. Está durmiendo en mi alcoba amistosa. Estaba muy fatigada y prometió hablarme cuando estuviera reposada.

—¿Ve? Acaba usted de contestarme de acuerdo con mi teoría. Un profesional, negaría; usted admite haber dado hospitalidad a una posible delincuente.

—Está encerrada en la alcoba. Puede usted interrogarla.

—Habrá tiempo. ¿Le dijo ella algo referente a una cena interrumpida?

—Sí. Me dijo que delante de sus ojos, vio morir a un tal Marcel mientras sorbía una ostra. Lo grotesco en su pincelada recargada sobre el carmesí de una cena en el «Pomme d'Or».

—Últimamente en Francia hubo bastante desorden, pero la rutina vuelve a imperar, para bien o mal, Dufrety. Es preciso que nos comportemos de acuerdo con normas establecidas. Si Denise no quiso obedecerlas, usted debió hacerlo, porque le estimo inteligente. Pudo evitar la Gestapo, y está evitando los tribunales actuales. Si supo nadar y guardar la ropa, ahora no debió infringir un precepto legal que exige dar cuenta de un delito, salvo verse acusado de encubrimiento.

—Tuve la convicción de que usted me enviaría a buscar, me telefonearía o me visitaría. Yo no podía hacerlo, puesto que desconocía si usted estaba andando por sitios, donde no le llegaría mi deseo de verle. Y ya que usted se hizo cargo del caso cuando murió Ginette; deduje que también se ocuparía de Denise.

—Me complace verle tan bien dispuesto. Cité antes unas tentaciones, que nada tienen que ver con la fascinante personalidad de Denise. Usted no ignora que Hartmann ganó mucho dinero, porque era un hombre de negocios, que sabía efectuar buenas inversiones. El organismo judicial encargado de hacer incautaciones de bienes, tiene la convicción de que Hartmann escondió sus bienes y documentos. ¿Dónde? Quienes tuvieron contactos directos con Hartmann, pueden saberlo.

—Hartmann era el prototipo del hombre reservado, hermético e impenetrable.

—Hay instantes de intimidad en que el dominio de uno mismo tiene flaquezas.

—Eso puede saberlo, un íntimo amigo o la mujer amada.

—Exacto. ¿Hace muchos años que existe amistad entre usted y Denise?

—Sólo últimamente, cuando ella se sintió víctima de la postguerra, acudió a verme. Teníamos en común el estar en una misma lista.

—Usted percibió dinero alemán como decorador, pero no

intervino en nada punible, salvo para conciencias que consideraron poco francés soportar la amistad con el ocupante.

—¿No quiere interrogar a Denise?

—Preferiría primero preguntarle a usted, si tiene inconveniente en colaborar conmigo.

—¿Por qué no? Se lo estoy demostrando.

—¿Ha oído hablar del «gángster» marsellés Jacquot?

—Leo la Prensa.

—Tiene especialidad en una rama productiva del delito. Es como si dijéramos la mano de obra, asalariada por el tenebroso mundillo del espionaje sin nacionalidad. El espionaje como actividad comercial. ¿Va comprendiendo por qué aludí antes a ciertas tentaciones apetecibles?

—Jacquot no sabe resistirse a ofertas generosas.

—Eso es. Y envió a uno de sus auxiliares, cuya presencia constante hizo perder el control de sus nervios a Denise. Pero Marcel Prèval perdió más. Le mataron ante ella, o en complicidad, aunque me inclino a creer en la posibilidad de dos bandas. Es una teoría. ¿Puedo exponérsela?

—Le escucho muy interesado.

—Jacquot es asalariado para que consiga que un secreto que Denise posee, deje de ser secreto. O bien, Jacquot trabaja por su propia cuenta. Tengo informes de que estuvo en mayo del año pasado por París, y era muy aficionado al cine. Lo difícil no es encontrar a Jacquot, sino detenerle con pruebas. También figura en la lista de posibles enemigos particulares de Hartmann.

—Usted supone pues que Denise sabe algo, que puede valer mucho y costar vidas complicadas en lo que ella sepa. Entonces, puedo yo hacer otra suposición. Denise seguirá libre, hasta que revele su secreto, o muera una vez otros lo sepan. Ha citado la banda de Jacquot. ¿Hay otra?

—Puede ser. Ya le dije antes que si existe un señuelo poderoso, hasta usted mismo, que como el Rastignac célebre, vino a París dispuesto a hacerse rico, no pueda resistir la tentación.

—Le garantizo que no me apetece hacerme rico, a trueque de las incomodidades de una cárcel.

—A menos que se juzgue lo suficientemente apto para evitar la cárcel.

—Si han desaparecido los bienes propiedad de Hartmann, asesinado, quien los pretenda disfrutar, irá a la cárcel. No es mi caso.

—Había documentos, que son los que creo pueden haber movilizado a Jacquot. Interrogar a Jacquot me dará los mismos resultados que interrogarle a usted, Dufrety. Cero. ¿No se ofende, verdad?

—En absoluto. Si usted sospecha de Denise y la ve buscar mi protección, todo es admisible.

—Existe para mí un grave problema. Detener a Denise no solucionará mi investigación. Salvo si ella consiente en no mantenerse en su reticencia ambiciosa. Está asustada, pero no quiere acogerse a la protección oficial. Es un dilema peligroso. En fin, le ruego que me preceda… si tiene la convicción de que ella nos espera.

—Le doy mi palabra de que no la he avisado, y además la encerré por fuera. Yo podría pedirle la orden de registro, pero puesto que colaboro…

—Eso quisiera. Tengo mis dudas, Dufrety.

—Es su oficio, inspector.

Repicó con los nudillos en una puerta de madera rosa. Dijo a la vez que abría:

—Soy yo, Denise. El inspector Baptiste…

Se calló, sorprendido.

El inspector no pareció sorprenderse, mientras examinaba la alcoba.

La cama aparecía visible, descorridas las cortinas. Había sobre la alfombra, una estatuilla derribada.

La ventana correspondiente al jardín lateral, estaba abierta de par en par sobre la noche.

Baptiste se acercó a la cama, preguntando:

—¿Los artistas no emplean dos sábanas para sus invitados?

—Sí… ¡pero la que falta!… yo no tengo nada que ver, le doy mi palabra. Está claro… Hubo lucha…

—Usted es decorador, Dufrety. Lo siento, pero tendrá que acompañarme, acusado de encubrir, aunque es atenuante haberlo reconocido espontáneamente.

—Como quiera. Pero le juro que yo… ¡Pobre Denise!

—Muerta no serviría. Si se marchó por su pie, o a la fuerza, seguirá viviendo mientras conserve su secreto. Cuando quiera, Dufrety.

—¿Es que no va a comprobar…? Tiene que haber huellas…

—Las hay. Un par de hombres han entrado abriendo la ventana con el diamante y el mastie. Falta un cuadro de cristal cortado limpiamente desde afuera, aplicando adherente para evitar la caída del cristal. Introdujeron la mano, abrieron, entraron y dejaron las huellas de sus suelas con barro en esta magnífica alfombra blanca. Falta una sábana, que debieron rasgar para amarrar y amordazar a Denise, agotada y durmiendo sin recelo. A menos, que forme parte del decorado.

—¡Diga que yo soy un «gángster» capitaneando una banda como Jacquot!

—Todavía es pronto para decírselo.

—Me era mucho más sencillo, cuando le vi llamar, decirle a Denise que escapara.

—Es posible. Todo eso lo declarará donde corresponde. Ha cesado la conversación privada.

—Bien… Como usted quiera, inspector.

—¿Sería excesivo solicitar que se pusiera usted al volante de su propio coche, Dufrety?

—¡En modo alguno, en modo alguno, señor inspector! Ya le dije que se considerase usted en su casa. De todo corazón le aseguro que no me preocupo por mí. Pienso en Denise… Algún trío de muchachillos rencorosos como en el caso de Ginette, puede haberla seguido y ahora… aparecerá en el Sena ahogada.

—No si ocupan ya de Denise los muchachillos rencorosos, que fueron mucho más hombres que usted, Dufrety. Perdone la comparación. Cerciórese de si cierra bien las puertas, por si su ausencia se prolongase.

—Escribiré una nota para Marión, mi ama de llaves. La dejaré en la cocina. Ella tiene las llaves. Puede verlo, inspector. Dice tan sólo: «Si no estoy de vuelta, espere hasta mi regreso, sin intranquilizarse». Es una muchacha honorable, y me tiene afecto. Cuando quiera, inspector. Pero creo que está perdiendo el tiempo… Hay un tal Jacquot mucho más interesante que yo.

—Es posible, pero Jacquot no sé dónde está, por ahora.

CAPÍTULO IX

Denise Danglas no pudo chillar cuando algo flexible se adaptó en prieta envoltura alrededor de su cabeza, envolviendo también a medias su cuerpo.

Le unían las manos apretadamente, y aquel despertar brusco, la hizo creerse víctima de una pesadilla. Era transportada sobre un movible cuerpo, que brutalmente le retenía la cara contra el musculoso tórax como pudo adivinar.

Un hombre fuerte que la llevaba sobre el hombro, corriendo ágilmente, sin dificultad. Una carrera que se prolongaba, hasta que de pronto cayó sobre algo blando, elástico.

Oyó el rumor del motor en marcha, y quedó tendida de lado sobre el asiento posterior, mantenida inmóvil por la mano que se apoyaba encima de su hombro izquierdo.

Era inútil debatirse. Tenía en los tobillos y muñecas un apretado ligazón ancho, como de tela retorcida.

Trataba de respirar, sofocada bajo la envoltura de lienzo. Y parecieron adivinarla, porque una mano fué tanteando hasta que la mitad superior del rostro le quedó descubierta.

Inspiró, hondamente vibrátiles las aletas de la nariz.

Estaba vuelta de cara contra el respaldo, e intentó volverse. La misma mano le asió los cabellos…

—Quieta y saldrás beneficiada, Denise.

Una voz ordinaria, con acento meridional, marsellés, como el que aquella misma noche había muerto.

Y se tranquilizó. No eran patriotas enojados. Eran del estilo de Marcel Prèval.

El frío acuchilló su carne, mientras el coche conducido expertamente rodaba hacia el este, en silencio sus ocupantes. Tres

de ellos eran voluntariamente; por fuerza, ella.

No fué una larga carrera, y el motor se detuvo cuando ella calculó que llevarían unos veinte minutos a bastante velocidad.

Volvieron a cargarla como un fardo, cubriéndole de nuevo la cabeza, y reconoció muy amortiguados, rumores identificables.

Tres puertas, una tras otra, y por fin, los muelles al susurrar bajo su peso.

La luz eléctrica la cegó unos instantes. Era una alcoba femenina… Y una mujer angulosa, joven, estaba quitándole la sábana, y las torcidas que aprisionaban sus muñecas y tobillos.

Era morena, de cara muy flaca, y cuerpo de efebo. También su acento era marsellés al decir:

—Mejor que te eches cualquier bata por encima, Denise. No le gustan las mujeres de tu tipo a Bébert.

La morena abandonó la alcoba, y en la puerta, antes de cerrarla apareció un individuo.

Era bajo, pero macizo y hercúleo. Vestía ropa de confección, y en vez de camisa, un jersey azul moldeaba su abombado pecho. Tenía la cara achatada del boxeador.

Dijo, tocando la visera de su gorra:

—Hola, Denise. No debes asustarte. Yo soy Bébert, y ya has oído lo que ha dicho mi mujer. No me gustan las de tu tipo. Te he llevado al hombro hasta aquí. No vas a querer que te lleve, pero al hoyo… ¿Qué le pasó a Marcel?

Denise Danglas acabó de ajustarse el cinto de la bata, con la que apenas lograba cubrirse. No era gruesa, pero la mujer de Bébert era demasiado flaca.

—Marcel dijo que ya era hora de… Pero escuche usted, amigo, con violencias nada conseguirá.

—Por ahora no las empleo. Tú entraste en el «Quai des Orfèvres», y cuando salías, fuiste a coger del brazo a Marcel.

—Porque el inspector Baptiste no quiso venir a interrogar a Marcel, y fue entonces cuando comprendí que no era un policía, ni un agente del contraespionaje. Fuimos al «Pomme d’Or», y apenas hablamos, pues al poco… y no vi cómo, Marcel cayó sobre la mesa, con una varilla de acero en la nuca, muerto. Me escapé, y como Gabriel Dufrety me había ofrecido alojamiento, allí fui.

—De dónde te sacamos. ¿Qué es lo que sabe Dufrety?

—Nada. Hubiera yo llegado a un acuerdo con él, pero estaba muy causada, y quise dormir. Quiero terminar de una vez con todo esto, salir de Francia, poder dormir…

—Fuera, Bébert.

El que así intervenía, entró por otra puerta. Bébert salió apresuradamente.

Denise Danglas miró al que se instalaba en una silla, con indolente afectación, estirando las piernas, y examinándola en silencio.

—¡Jacques Marsan! —exclamó ella, sorprendida.

—Es halagador que me recuerdes, puesto que hace más de un año que te fui presentado en los estudios. Deberás perdonar el método, pero fué improvisado. Mi intención era que personalmente tú misma decidieras entablar negociaciones con Marcel. Pero hay otros, por lo visto, tras el mismo pescado. Cuando nos conocimos, me supusiste el hijo de un rico industrial lionés. Durante la guerra, dispuse de abundantes identidades. Estás siempre bonita, aunque te noto algo inquieta. No debes ya temer, puesto que reconoces a un buen muchacho.

Jacques Marsan, en los estudios, había sido un amable curioso. Pero Jacquot Corbière, rubio y de finos rasgos, poseía toda la astucia y falsedad del mundo, disimuladas bajo la amabilidad con la que sus ojos azules contemplaban a Denise Danglas.

—¿Por qué… me amenazó Bébert?

—Bébert es un bruto simpático, incapaz de deshojar siquiera una margarita.

—Eres muy distinto al amable industrial que nos invitó a Rudolf y a mí, a cenar en la «Rotonde». Lo recuerdo bien, porque Rudolf comentó que tú eras muy listo. Pensaba captarle para el servicio de propaganda.

—La política escapa a mi comprensión; por eso me esfumé. Tú dirás cuánto quieres cobrar para salir con completa seguridad de Francia. Ya ves… No digo, pagar, sino cobrar.

—¿Debo decirte que no sé de lo que me estás hablando?

—No, no lo digas, Denise. Ya hemos perdido bastante tiempo los dos.

—¿Puedo preguntar qué es lo que puedo venderte?

—Naturalmente, mujer. En el registro efectuado en tu piso, tampoco estaba la libretita de Egon. Como ves, soy claro. Procura serlo. ¿Dónde la escondiste?

—Escucha, Jacques. No te puedes enfadar si te hablo como una mujer de negocios. He estado pensando mucho en este momento, es decir, cuando me viera frente a quien pudiera pagar en lo que vale la libretita, que Hartmann, al aproximarse la liberación de París, me dijo guardase entre mis cosas más queridas. Puesto que no sé por qué misterio, conoces la existencia de esta libreta, no ignorarás que vale una fortuna.

—Puedo pagarla.

—¿Cómo?

—Marcel llevaba como anticipo cien mil francos. Los hemos perdido, y te los descontaré. Fija tú misma el precio.

—No se trata de eso, Jacques. Quiero vender la libreta de Egon, pero que no me pase nada.

—¿Qué iba a pasarle, criatura?

—Una vez supieras dónde está… Voy adivinando que eres un aventurero…

—A mí personalmente Egon, su libretita, y tú, me tenéis sin cuidado.

—¿Tan sin cuidado como Rudolf Hartmann?

—Igual. Me pagaron para liquidar a Hartmann y cogerle cuantos papeles tuviera. Le encontré en tu piso, y lo liquidé. Me dediqué a buscarte, hasta que Marcel dió contigo, y empezó su ronda, relevado de día por Bébert. Ambos no están fichados, y podían circular libremente. Bien, podía Marcel hacerte comprender sin hablar, que la libretita te pesaría mucho a ti sola. Si has reflexionado sobre este momento, te será fácil garantizarte contra aventureros.

—Una vez tuvieras la libreta, ¿quién me daría a mí el dinero?

—A tu gusto, criatura. Elige el mejor sistema.

—¿No tendrás tú más práctica, Jacques?

—Es posible. ¿Tienes a alguien de tu confianza?

—Yo pensaba compartir con Gabriel Dufrety, pero ahora… ¿para qué?

—Te comprendo. Quieres todo el dinero para ti sola, y haces bien. A mí me han dado carta blanca hasta cierta cifra. Yo debo

pagar y recoger. Le aseguré al que me paga que no acudiría a violencias ni torturas. Todo sería un negocio sencillo. Pero como tienes tus dudas sobre mi honorabilidad, y no pienso rebatirlas, decide el mejor medio. ¿Qué hubieras hecho, si no hubieras contado con Dufrety?

—Pedir primero que me proporcionaran los medios de salir de Francia.

—Ya. Pero ten presente que es difícil. Estás en la lista, y ahora peor, porque desde que han encontrado a Marcel tieso, te buscarán.

—Tú puedes hacerlo, Jacques.

—Seguro que sí. ¿Y después?

—Cuando esté fuera de Francia, y me des el dinero, diré dónde escondí la libreta de Egon.

—No tan de prisa, criatura. Si no te fías de mí, ¿por qué he de fiar de ti?

—Porque sabes que yo sólo quiero el dinero, y nunca he tomado parte en aventuras de esta índole.

—Puede probarse. Tendré que consultar con el que me paga. Te quedarás aquí, al cuidado de la mujer de Bébert. Sólo un aviso amistoso, antes de irme. No habrá malos tratos, si correspondes al trato de amistad como se debe.

—¡Quiero irme pronto, Jacques!

—Y yo quiero también terminar pronto con este endiablado asunto. Estamos pues igual. Pero hay la complicación de Baptiste. Entró en la «Pomme d’Or», y me extrañaría mucho que no preguntara por mí en los sitios donde me conocen. Es capaz de hacerme vigilar. En fin, procuraré cuanto antes liquidar todo esto. ¿Quieres algo factible?

Jacques Corbière hablaba con una frialdad cortante.

—Tengo mucha sed, Jacques.

—Helen también es de las que tienen sed. Podréis jugar al parchís mientras esperas. Sé buena chica, y no te arrepentirás. Ahora voy a París, a que me encuentre Baptiste. Un bicho peligroso ese Baptiste.

CAPÍTULO X

Abel Baptiste fué más afortunado en su recorrido, cuando a la una menos cuarto de la madrugada en el bar «Pierrot», reconoció en el hombre que estaba jugando a los naipes con tres indeseables conocidos en un rincón del largo bar, a su extremo final.

Se aproximó.

—Buenas noches, señores. ¿Estorbo, Jacquot?

—¡Por Dios, señor Baptiste! Vosotros, id a terminar la partida en otra mesa.

Los otros tres miraron vacilantes al inspector, que aseguró:

—Todos estamos en regla, señores. Es con Jacquot con quien tengo que charlar amistosamente.

—¿Tomará algo, señor Baptiste? No me lo desprecie.

—Una cerveza. Esta noche he pensado en ti con bastante frecuencia, Jacquot. Eres la eminencia gris del tortuoso mundillo a ratos simpático, que trata de vivir sin trabajar decentemente.

—Usted sabe que yo no niego algunos pecadillos, pero hace ya algún tiempo que vivo decentemente. Invertí dinero de lotería en unos taxis, y rinde la cosa. A su salud, señor Baptiste.

—A la tuya, Jacquot.

Hubo una pausa, y Baptiste se rascó la guía del mostacho con el pulgar.

—Pues usted dirá, señor Baptiste…

—O tú, muchacho.

—¿Qué quiere que le diga?

—Lo que hacía Marcel Prèval de sombra tras los pasos de una rubia.

—¿Marcel? Un chico muy inflamable, pero hace ya tiempo que no tengo relación con él. Se independizó, ¿me comprende, señor

Baptiste? No le gustan los taxis, y se instaló por su cuenta. La última vez que le vi, hará cosa de unos tres meses, andaba por Burdeos, escapando de los alemanes.

—Esta noche le clavaron un largo alfiler en la garganta. Murió en el acto. No empieces a abrir la boca, y agrandar los ojos, Jacquot. Compréndelo, muchacho… Cuando tú empezabas, yo ya estaba en el oficio, y del otro lado. A la larga, hay un proceso químico de absorción. La policía piensa como los maleantes, y viceversa. Yo tengo la convicción de que Marcel seguía a la rubia por razones que tú conoces. No te esfuerces en negarlo.

—¿Cómo quiere usted que nos regeneremos? Basta que uno de nosotros tenga algunas tonterías en su pasado, para que ya no pueda desmancharse. Matan a un antiguo amigo, y ya está armado el tinglado. Lo siento por Marcel y por usted, pero si quiere atrapar al asesino, no puedo ayudarle, porque le juro que no sé quién lo mató.

—No hace falta que lo jures. Pero yo no te pido que me digas quién mató a Marcel. ¿Conoces a Denise Danglas?

—¿La artista de cine? Guapa chica.

—Estaba cenando con Marcel, y escapó. Después, cuando yo iba a hablar con ella, se la habían llevado. ¿No tienes nada que contarme, Jacquot?

—Puedo hacer averiguaciones. Si han matado al pobre Marcel, es mi deber de compañerismo, ayudar en todo a encontrar al asesino.

—Puedes hacer más. Decirme dónde has escondido a Denise.

—¡Por Dios, señor Baptiste! ¿Está usted de broma, o qué?

—Será la cerveza, que me ha subido en vapor al seso. Cuando mataron a un tal Hartmann, ¿te enteraste?

—Hartmann suena a inglés.

—Alemán, y no seas tan ingenioso, Jacquot. Viajas mucho, y no puedes, ignorar que Hartmann…

—¡Ya está! Era el «Fritz» amante de Denise.

—¿Ves tú? Lo degollaron en el piso de Denise, ausente ella, y precisamente el día del Gran Tumulto.

—Cosas de la guerra.

—Mírame de frente, Jacquot, aunque te cueste un poco.

—No soy bizco.

—Mientras estuviste de «Manitú» por Marsella y provincias, a mí no me importabas. Pero ahora estás por París y sus alrededores. ¿Uno de tus chóferes de taxi no se llama Bébert «Tortue»?

—Sí. Y es un gran muchacho.

—¿Sabes por dónde anda?

—Estará libre esta noche. Puedo buscarle, si quiere. ¿Qué ha hecho Bébert ahora?

—Nada. Sólo que calza el cuarenta, y le hacen los zapatos a la medida. Tiene la planta muy ancha. Un cuarenta, pero en ancho una mitad más que tus pies o los míos.

—Los pies de Bébert, francamente, nunca me dediqué a medirlos.

—Y éste puede ser tu primer fallo, muchacho.

—Si Bébert nació con los pies planos, no será mi culpa. Yo no conocí a su mamá.

—Estás perdiendo tu flema, muchacho. Y yo no quiero perder mi tiempo contigo. Venía con deseos de ayudarte, pero si te haces el gracioso, es inútil insistir.

—Bueno, señor Baptiste, no hay que tomarse las cosas a la tremenda. Es que el hecho de que Bébert tenga los pies anchos, no consigo relacionarlo con un fallo mío.

—Trataré de relacionarlo. ¿Estás de acuerdo en que Bébert conduce uno de tus taxis?

—Así es.

—¿Es un «8 Renault», matrícula
2457-AF?

—En efecto, es el suyo.

—¿Calzado con «Michelin»?

—Es mi marca preferida.

—¿Y recauchutado hace cosa de poco, el tren trasero?

—Recuerdo que pagué una cuenta por recauchutado, sí.

—Ya vamos llegando a coincidencias en pleno acuerdo. Ahora, reúneme los pies de Bébert dejando huellas de barro en una alfombra, sus mismos pies por un jardín, un sendero con trazas de neumáticos «Michelin» dos de ellos recauchutados, y la desaparición de Denise Danglas, y comprenderás por qué he venido a charlar contigo.

—Bébert puede tener sus negocios particulares, ¿no?

—Es posible. Han ido a preguntárselo.

Jacques Corbière trató de sonreír.

—El pobre estará durmiendo. Creo que vive por Passy.

—Es su domicilio gremial. Ahí estarán mis hombres, a ver lo que opina Bébert.

Inmensamente aliviado, Corbière se hizo afectuoso:

—Palabra que si Bébert se ha metido en líos para molestarle a usted, le retiro la amistad. Bien se lo tengo dicho que no es lo mismo cometer pecadillos por provincias, que sentirse tunante en París. Hay que saber comportarse.

—Eso es, Jacquot. Voy a irme, pero te quiero advertir que… ¿Sabes lo que es una sombra?

—Sí.

—No será como Marcel, no se dejará ver, pero durante algún tiempo te van a vigilar, Jacquot. En fin, ya eres mayor de edad. Es un aviso entre rivales, con lealtad por mi parte.

—Pero ¡vamos a ver! ¿De qué me acusa, señor Baptiste?

—De nada, y por eso no te llevo conmigo. Esperaré. Ya sabes que el arte de esperar da muchos frutos. Salud, Jacquot.

—Ídem, señor Baptiste.

Pero cuando el inspector abandonaba el bar, Jacques Corbière entre dientes derramó maldiciones contra «la sacré vache» que era el señor Baptiste, y contra el muy imbécil de Bébert con sus pies delatores.

Y para colmo, tenía entendido que muchos de los triunfos de Baptiste, se debían al selecto don con el que escogía los «limiers», los seguidores invisibles, adheridos como una sombra impalpable.

Empezó a meditar en el mejor medio de no perder su libertad ni su espléndida comisión, si llevaba a buen fin aquel asunto de la libreta de Egon.

Era infernal, tener casi la meta al alcance de los ojos, y ver interponerse la maldita «rousse». También era mala suerte, tener que tropezar con uno de los más finos policías de la Sureté.

* * *

Es su celda de detenido a disposición judicial, Gabriel Dufrety paseaba en el estrecho marco, hundidas las manos entre su cinto y

el liso abdomen.

Desde que en el garaje, comprobó que había dos agentes esperando, dedujo que Baptiste podía tener frases casi melifluas, pero sabía dónde pisaba.

No había vuelto a ver a Baptiste. Por eso cuando cerca de las dos de la madrugada, tendido boca arriba en la litera, trataba de conciliar el sueño, y oyó el cerrojo, pensó que por fin, sabría a qué atenerse.

Pero no era Baptiste, sino los dos mismos agentes que le habían traído a la Sureté.

—Tenga la bondad de seguimos, Dufrety.

—¿Puedo saber a dónde?

—A su casa. Ya se enterará allí. Y estará más cómodo para esperar, por si el inspector tarda en llegar.

* * *

Eran las cuatro de la mañana, cuando Baptiste entraba en la casa, de cuyo vestíbulo, donde dormitaban los agentes, éstos se fueron a una señal del inspector.

En el salón anexo, Gabriel Dufrety dormía profundamente. Abel Baptiste colgó sombrero, abrigo y bastón del perchero.

Se aflojó la corbata, y sacó del engarce del botón de hueso, una de las tirillas de su cuello duro.

Se instaló en un sillón, frente al diván donde roncaba Dufrety. Cerró los ojos. No habría novedades hasta entrada la mañana, salvo si Jacquot cometía una imprudencia, cosa difícil en el astuto marsellés.

Pensó que los maleantes tenían un olfato especial para reconocer a los policías. Y no era tanto la captura de Bébert la que interesaba, como evitar que de nuevo Denise Danglas escapara, o se encerrara en su reticencia.

Cruzó Baptiste las manos sobre el estómago. Creía haber solucionado ambos inconvenientes, del mejor modo.

Había aleccionado bien a los tres muchachos, tan pronto obtuvo las señas de la casita que entre Corbeil y Barbizon, poseía Hélène Fernand, la «reguliére» de Bébert.

CAPÍTULO XI

Hélène Fernand a las nueve de la mañana, servía el desayuno a su esposo, que acababa de salir de la cama para ablucionarse en la cocina.

—No es que pregunte, Bébert, pero ¿no tenía que venir Jacquot?

—No tenía que venir, ni tú eres quién para preguntarme. ¿Qué tal se ha portado la chica?

—Estuvo bebiendo, y charlamos.

—Ya. Dirás que estuvisteis bebiendo y ella te oyó.

—Luc te puede decir que…

—Gracias a Luc, sé que la chica aguardará a… ¿Quiénes son aquellos tres tipos? ¿Les conoces?

Interrumpiendo su desayuno, Bébert acababa de ponerse en pie, mirando por la ventana a la carretera.

Su diestra estaba hundida en el ancho bolsillo de su chaqueta de cuero.

Hélène Fernand vino a su lado, alzando un poco más la cortina.

—No les conozco, pero no son policías. Se ve a la legua.

—Se ve, se ve… pero con la rubia arriba todo es posible. Avisa a Luc, que se prepare por si hay petardo.

—Son tres…

—¡Arriba tú, y a lo dicho, condenación!

Bébert examinó con desconfianza a los dos que se acercaban, mientras el tercero quedaba en la carretera junto a un coche.

Dos muchachos con boina marrón, canadiense, pantalón y botas de motorista. Un brazal tricolor…

Abrió la puerta quedándose en el dintel.

De los dos que se acercaban, el más alto, saludó llevándose dos dedos a la frente:

—Buenos días, civil. Hemos estado de registro, y sólo nos queda esta casa.

—Buenos días, amigo mío. En esta casa vivimos mi mujer, su hermano y yo. Tengo mis papeles en regla.

—Eche usted un vistazo a los míos. Tengo orden y permiso para los registros. Buscamos a varios «colabo», y tenemos un soplo. No puede usted molestarse porque cumplamos con nuestra misión.

—Sí que me molesta. La guerra ya acabó, y en cuanto a que yo pueda camuflar traidores, eso no lo tolero.

—No se ponga furioso, civil. Si estamos entre franceses, no hay por qué enojarse.

—Llevo el sello del ayuntamiento en mi carnet, ¿no? Mírelo bien, amigo y comprenda que si no estuviera en regla, no iba a poder conducir un taxi.

Armand Dupuis asintió, mientras hojeaba el carnet. A su espalda, dijo Ernest Dupont:

—Este civil respira sinceridad, Armand. Estoy ya cansado de meter las narices donde no se encuentra nada. ¿Cómo está usted, señora? Vámonos, Armand, y perdonen la molestia.

—No hay de qué, amigo, mío.

—Tengo sed, y el cacharro también. ¿Un poco de agua para todos? —pidió Dupuis.

—Y también vino —dijo Bébert—. Sírveles lo que quieran a estos valientes.

—Gracias. ¡Eh, Robert! Trae la lata para el agua.

Desde la carretera. Robert Leduc ondeó la mano, para poco después entrar en la cocina con el bidón, que Hélène Fernand llenó en el grifo de la pila.

—¿Es que no os dejan descansar nunca? —rió Bébert—. Ya es hora de que volváis a vuestros trabajos.

—El servicio es el servicio —dijo pomposamente Dupuis, dejando su vaso vacío sobre la mesa.

Robert Leduc abandonó la cocina con su bidón lleno. En aquel mismo instante, Armand Dupuis apuntaba con el dedo hacia Bébert.

—Creo que nos vimos en algún lado del Ródano, usted y yo.

—Cabe en lo posible. Mi mujer y yo nacimos en Avignon.

—Una hermosa ciudad. Con otro bidón ya estaremos completos. Vete a ver qué hace Robert, tú. Es un chico torpe cuando lleva toda

la noche despierto.

—Eso pasa —rió, conciliador, Bébert—. ¿Otro vasito?

—Muy a gusto. Una casita tranquila y en el campo, cerca de París, siempre ha sido el sueño de mis viejos.

—Ya lo logrará usted, amigo mío. Hay que conformarse. Buen coche el que llevan.

—No es nuestro, sino del servicio.

—Duro con todos los «colabo». Mala ralea.

—Hay de todo. Hemos visto cosas muy raras, para nuestra edad. Por ejemplo, los peores son los aprovechones: He visto en su carnet que trabajó usted en la empresa «Sulfex», durante la guerra.

—Había que ganarse el mendrugo, pero en «Sulfex» no hubo amistad con los «boches».

—Ya, pero el patrón es un arribista. En fin, ya es hora de volver a París. ¿Qué estarán haciendo estos dos pelmazos?

Bébert se aproximó también a la puerta. Giró sobre sus tacones sorprendido, al oír la voz del que debía estar en la carretera, y que acababa de aparecer en la cocina, pero por la escalera que comunicaba con el piso superior.

—Arriba hay algo poco claro, Armand.

Bébert fue rápido, pero Armand Dupuis llevaba años de entrenamiento en todo género de sorpresas y deslealtades.

El culatazo que aplicó fué certero, y completado con un estirón al brazo derecho de Bébert.

Hélène Fernand no gritó porque temía mucho a un jovenzuelo con una pistola encañonada hacia ella.

—No va contra usted, señora —tranquilizó Dupuis—. ¿Qué pasa arriba, Ernest?

—Robert saltó sobre la espalda a uno que nos acechaba desde la ventana. Lo está reduciendo a la calma. Hay algo raro, y no se comportó como era debido, puesto que era su obligación venir a saludamos, en vez de esconderse.

Armand Dupuis estaba arrodillado sobre la espalda de Bébert, reuniéndole los codos en varias vueltas de correa con hebilla especial.

Hélène Fernand estaba lívida. Los que escondían a una «colabo», las pasaban mal…

—Iba a sacar una pistola ése… No cabe duda. Aquí hay gato

encerrado, Ernest. Átale los codos a la señora, mientras voy a registrar. Vigila la pareja. Ése es fuerte; cuidado con él.

Armand Dupuis subió la escalera, encontrando en el rellano a Robert Leduc sujetando el extremo de la correa con hebilla en la gruesa columna de remate de la balaustrada.

Luc Vilax recobraba el sentido, sentado en el primer peldaño, asido de codos a la columna.

Robert Leduc señaló una puerta cerrada, y mostró una llave. Habló en voz baja:

—La he visto durmiendo. Mucho cuidado esta vez… aunque no hay ventana en el cuarto, Armand.

—Vete con Ernest, y entre los dos, llevadme a este trio a la bodega. En el plano, la bodega consta. Y ojito por si viene alguien inesperadamente. Prevenidos, mientras converso con ella.

Armand Dupuis introdujo suavemente la llave, y abrió empujando rápidamente, saltando al interior.

Denise Danglas sobresaltada, se incorporó. Se llevó le diestra a la boca, horrorizada. Acababa de reconocer a uno de los tres por cuya culpa Ginette Prevost se arrojó por la ventana…

—Buenos días, ciudadana. Comprendo que la haya asustado, pero estamos efectuando un registro. ¿Tiene la bondad de enseñarme sus papeles?

—No… no los tengo aquí.

—Eso es lo que nos dicen cuando no quieren enseñarlos, pero puede que sea verdad. ¿Dónde los tiene?

—En París.

—Es imprudente viajar hoy sin documentación. Pero el alcalde de Barbizon o el de Corbeil, podrán atestiguar que usted tiene en regla su documentación.

—La tengo en París. No resido aquí…

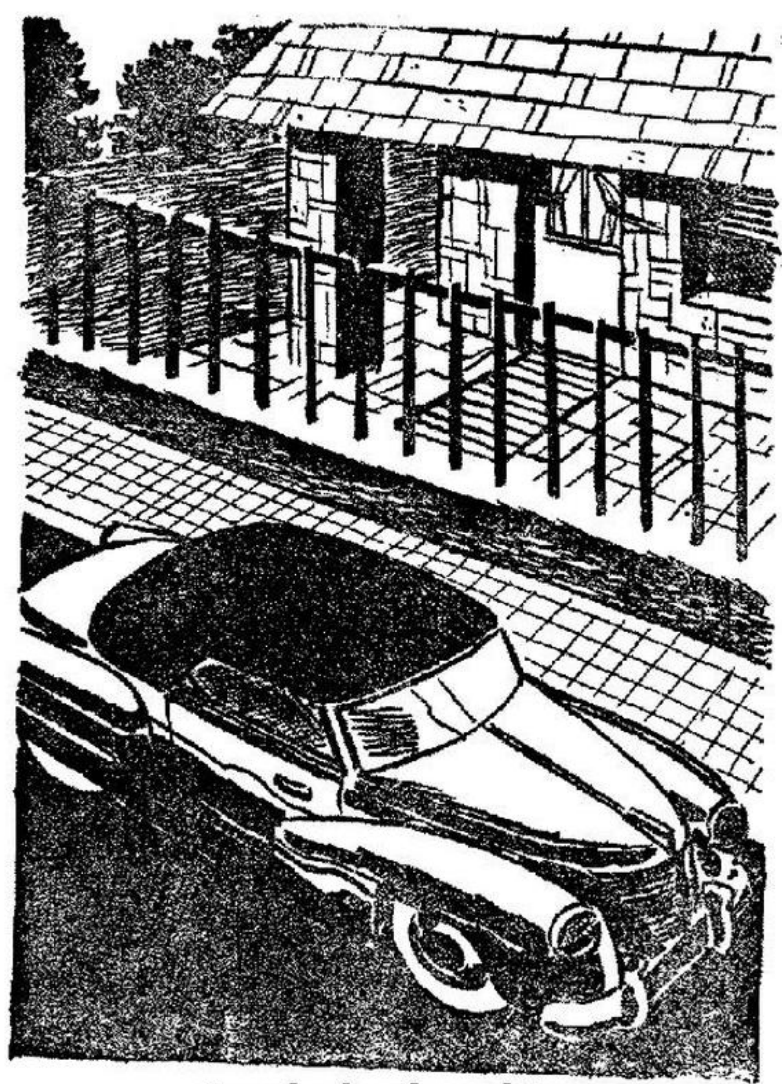
—Bien. Vístase. Tenemos orden de registrar las casas y comprobar las documentaciones. Me volveré de espaldas, y trataré de no mirar; se lo prometo.

Se volvió Dupuis de espaldas, pero con la vista en un espejo. Ella se deslizó fuera de la cama, temblando. El camisón de Hélène Fernand le venía estrecho, y no podía vestir ropas de ella.

¿Cómo explicaría la falta de sus vestidos? Susurro:

—Vine con el vestido puesto, y me lo manché. Está en la colada.

No tengo más ropa.
—Hay un armario, y veo colgar vestidos. Tengo prisa, ciudadana. Imíteme si tiene la conciencia tranquila.
Febrilmente, se torturaba ella mentalmente, en busca de un medio para huir. En aquella alcoba sin ventanas, interior, el único medio de salir era la puerta, que interceptaba el joven de espaldas.
Buscó un objeto contundente, pero cuando ya su vista caía sobre una botella de champaña vacía, apremió Dupuis:
—¿Tendré que vestirla yo, ciudadana? Mis dos compañeros esperan abajo.
Los otros dos… Era imposible escapar, pensaba, mientras sus manos recorrían los vestidos colgando.
Eligió una blusa, una falda, y un abrigo sin estrenar, amplio. Los zapatos negros le iban justos.
Se decidió. En el camino hacia París, ya encontraría una solución. Aquellos tres muchachos, podían ser fáciles de engañar… Tenía que intentarlo todo.
Esforzó y logró una sonrisa de actriz:
—Cuando le parezca, señor, podemos irnos Se van a extrañar mucho mis amigos.
—Han ido a la alcaldía, para visar sus papeles No se preocupe por ellos, sino por usted.
—Yo no tengo nada que temer. Usted me asustó al entrar así, pero nada más.
Mostró Dupuis la escalera, y ella descendió ajustándose el abrigo con un cinturón de hule rojo.
Sus rubios cabellos peinados apresuradamente, caían en amplia melena sobre los hombros. Tras ella, comentó Dupuis:
—Siga recta hasta el coche. Teníamos de todos modos que ir a París. ¿Dónde vive en París?
Inventó ella:
—En el bulevar de Indochina.
—¿Dónde cae eso?
—En el XIX, cerca de Barbey.
—Ya veo.
Atravesaba ella el jardín, y reprimió un estremecimiento al ver a Robert Leduc en el volante, y atrás a Ernest Dupont.



Cuando el coche se detuvo

Entró sentándose, y a su lado se instaló Dupuis.

—Esta ciudadana tiene sus papeles en París. En marcha, Robert. Tendrás que dar un rodeo, porque vive en el XIX.

Arrancando el coche, dijo el conductor:

—En el XIX viven mis primos.

—Casualidad. Ella vive en el bulevar de Indochina.

—¡Hombre! En el 44 vive mi primo Enrique; ya os he hablado de él. Es un chico gracioso… ¿En qué número vive usted, ciudadana?

—En el 72.

—¿Eh?

Sin volverse, indicó Leduc:

—Mira el plano de la capital, Armand. Hasta hace unos días el bulevar de Indochina sólo tenía en los pares 44 números. Es precisamente la última casa la de mis primos.

Sabedores ellos que Denise Danglas estaba inventando, la imitaban. Era un sadismo juvenil, incontenible. Estaban perfectamente aleccionados por el inspector Baptiste, que a las dos de la madrugada, los había reunido a los tres, despertando primero a Dupuis.

Ella, temblando nerviosamente, trató de afianzar la voz:

—Dije la primera dirección que se me ocurrió, señores, pero no para engañarles, sino porque tengo miedo de que mi esposo sepa que estuve ausente, y en lugar distinto al que conoce.

—Ah, ah… Aventurilla amorosa, señora. Puede contar con nuestra galantería y discreción. Oye, Ernest, ¿no te recuerda algo la cara de esta ciudadana? Tienes buena memoria para los rostros.

—Desde que la vi he reconocido a esta embustera. ¿Sabéis quién es?

A la vez, a cada lado, ella sintió la presión de una mano en su codo. Cerró los ojos, angustiada…

—Es Denise Danglas, amigos. La Egeria de Rudolf Hartmann, y estaba pretendiendo engañarnos con su historieta de casadita infiel. Hace ya muchos días que te buscamos, Denise.

—No la asustes, tú —intervino Armand Dupuis—. En realidad, esta chica no delató a nadie, según consta en su expediente.

—Pero no me negarás que estuvo dándose la gran vida, mientras nosotros las pasábamos negras. Lo que te ocurre, Armand, es que desde el asunto aquel de Ginette Prevost, estás muy cambiado.

—Lo estoy en un punto. ¿Qué iba a hacer esta chica cuyo trabajo era el cine, cuando el alemán Hartmann compró las acciones de la sociedad?

—Defiéndela ahora. Sólo faltaba eso. Te has vuelto muy blando y has olvidado los que cayeron.

—No por culpa de ella, seamos justos.

—Me tomaría un café a gusto, y dejad vosotros de discutir tontamente —dijo Robert Leduc, señalando con la mano izquierda hacia las primeras casas de Jouy-en-Josas—. Pararé en el «estaminet», a tomarme un desayuno a modo. Y haréis lo mismo vosotros, por turno, porque con el estómago frío, se dicen muchas tonterías.

—Bueno —refunfuñó Dupont—. Yo contigo y después estaremos de mejor humor.

Cuando el coche se detuvo en las afueras, bajaron Leduc y Dupont, dirigiéndose hacia el cercano café.

Armand Dupuis se separó un poco, y comentó:

—Las cosas han cambiado un poco, y no es justo que paguen los que menos culpa tienen, cuando hay arribistas que reclaman nuestra atención.

—Gracias de todo corazón… Usted, al menos, me ha comprendido.

—En cierto modo, pero ellos dos, no.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Dependerá del sitio donde la juzguen, amiga. Hay jueces más o menos duros, porque no son de carrera los de ciertos barrios.

—Dios mío… Tengo miedo…

—¿Por qué no escampó cuando pudo? Se habría evitado todo esto.

—No podía… Déjeme huir… Usted es bueno.

—La responsabilidad sería mía. Los otros dirían que usted me sobornó, y tiene poca gracia, pasar por vendido, sin cobrar.

—Yo pagaría lo que fuese… No se ofenda. Es mi vida la que está en juego, y yo no maté ni hice daño a nadie… Le daría lo que quisiera, porque tengo… me prestarían dinero…

—Hace tiempo que me gustaría comprar una moto, pero estoy sin blanca. Y no es antipatriótico, dejarla a usted escapar.

—¡No lo es, no!

—Escuche… Podemos arreglar eso. Con cien mil francos.

Ella asintió con energía, esperanzada. Poseía sesenta mil francos, en su bolsillo interior de la chaqueta dejada en casa de Dufrety. El decorador podía dejarle el resto, en préstamo, para liberarse de aquel peligro. Después…

—¿Y sus dos amigos?

—Puedo mandar en ellos. Tienen ganas de ir a dormir, y yo les diré que la entregaré al comité cercano a mi casa. Usted cállese. Pero ¿Dónde tiene el dinero?

—En casa de un amigo mío, en Neully.

—Bien. Asunto terminado. Al fin y al cabo, vale más una moto para perseguir granujas, qué una hermosa muchacha pagando culpas ajenas.

—Gracias —susurró ella.

Regresaban Leduc y Dupont. Dijo Dupuis:

—De prisa, que tengo ya ganas de dormir. Tomaré café tan pronto deje a esta ciudadana en el comité de mi barrio. No la mortifiquéis.

—No es nuestra intención, Armand. Entonces, puedes tú mismo dejar el coche en el cuartel. Éste y yo, nos podemos apear en nuestras casas, salvo si mandas otra cosa.

—Le pondré el cinto a la ciudadana, y la dejaré a buen recaudo.

Cuando sucesivamente se apearon Leduc y Dupont, ella fue recobrando la serenidad. Quedó junto al que en el volante, dijo:

—Tendré que convencerles a los dos de que usted se escapó. Creo que lo conseguiré. ¿Está ya más tranquila?

—Sí, y toda mi vida le recordaré con gratitud.

—Yo hasta que se rompa la moto, o me rompa la crisma.

—No se esfuerce en ser cínico. Usted es un buen muchacho.

—Lo fui… y quiero volver a serlo.

CAPÍTULO XII

Gabriel Dufrety se desperezó, bostezando y frotándose después la nuca y los riñones. Pestañeó, y dijo mirando al que se sentaba frente a él:

—No me diga que hemos estado durmiendo juntos, inspector.

—A la debida distancia. Usted sí ha dormido, pero a mí me despertaron hacia las seis y media. Uno de mis hombres acudió al teléfono, y le dijeron algo raro. Tomó nota y colgó. Media hora después, el otro agente cogía en el jardín a un individuo que pretendía entrar cautelosamente. Resulta que es un músico de «*jazz*». Todo muy confuso. ¿No sería mejor que colaborase de verdad, Dufrety?

—Si tengo amigos músicos, no es un crimen.

—No lo es, pero tienen un modo extraño de pedir comunicación. Exactamente cuando el agente descolgó, oyó lo siguiente…

Abel Baptiste leyó en un bloc:

—«Pregunte por el señor Dufrety, y dígale que se trata del presupuesto fichado “siete Siding”».

Cerró Baptiste el bloc.

Gabriel Dufrety se encogió de hombros, mientras se pasaba los dedos por los cabellos revueltos.

—Cosa de decoración.

—A las seis y cuatro de la mañana, es hora intempestiva para hablar de presupuestos. Hay otra cosa rara, Dufrety. En el patio de la isla Saint Louis mis hombres han interrogado a un individuo que parecía acechar algo o alguien. Resulta que es también un músico de «*jazz*», por cierto de la misma orquesta que el atrapado en su jardín, después de telefonear. En mi reloj son las ocho y catorce minutos. Tengo tiempo hasta las nueve y media. Si se decide a ser

sincero, adelantaremos mucho. Los dos músicos se encierran en evasivas absurdas. Uno, pretende que estaba buscando inspiración en la soledad del patio de la casa de
D’Eglantier,
y el otro que quería verle a usted para discutir un presupuesto. Ambos están incomunicados, bajo la misma inculpación. Allanamiento de morada. Han sido consultados sus antecedentes. Muy curioso un dato: ambos estuvieron en un «stalag»… Precisamente el 17, ¿se fija en la coincidencia? «Stalag 17», está escrito en el expediente de la muerte de Hartmann.

—Si vamos a la cocina, tomaremos algo caliente, inspector. Despertarse tras una noche incómoda, deja la boca de corcho.

—Es cierto. Ha sido muy incómoda mi noche.

—¿Y la mía, qué?

—Ya le hablé de los aficionados.

En la cocina, donde el blanco esmalte rutilaba, conectó Dufrety las resistencias eléctricas.

Baptiste, ajustado el cuello duro y en su sitio la corbata, se sentó en uno de los escabeles tubulares, donde la lona del asiento y respaldo eran de vivo color verde.

—Está usted muy bien instalado, Dufrety.

—Si se acerca a la nevera, encontrará mantequilla. Hemos de ganarnos el pan con el sudor de nuestras manos y sesos. Lo quise olvidar. Éste ha sido mi error, pero la tentación como dijo usted era apetecible. Y no se infringían leyes ni se cometían delitos al intentar obtener el secreto de Denise Danglas.

—¿Usted cree? —inquirió Baptiste, mientras aplastaba con el cuchillo la mantequilla sobre las tostadas recién hechas.

—Tengo la convicción.

—Se olvida de la varilla incrustada en Marcel Prèval.

—No fué ninguno de mis siete amigos.

—¿Siete? Mucha gente, según para qué. Por cierto, son siete los que componen la «Arpegian», que durante la guerra fué invitada por los ocupantes a residir en un campo de concentración precisamente el 17.

—De ahí arranca todo. ¿Con leche o solo, inspector?

—Me serviré yo mismo, gracias.

—¿Ha pensado usted que a estas horas Denise puede estar

muerta?

—Ella misma se forjó el ataúd, si así fuera.

—Usted no conoce el pasado de Denise, me refiero, a su adolescencia. Pasó muchas privaciones…

—Estábamos hablando de una orquesta, Dufrety. Y antes que prosiga le diré que tuve bastante tiempo la sospecha de que usted era miembro del contraespionaje.

Gabriel Dufrety, mojando la tostada, asintió.

—Lo fui como aficionado, y me enorgullece afirmar que nunca lo sospechó nadie. Pero me negué a que fuera proclamado, y me quitaran de la lista de colaboracionistas, porque así contaba con que Denise, apurada, vendría a verme. No me falló esta nota en la melodía. Mi fallo consistió tan sólo en no dejar al acecho de esta casa a uno de mis amigos. Creí que Denise, durmiendo aquí, estaba segura.

—Volvamos al «Stalag 17».

—¿Sabe quién era el comandante en jefe del «Stalag 17», en la región picarda, cuando formaron la bolsa de cerco los aliados?

—Franz Hartmann.

—Eso es. El hermano de Rudolf. Usted es una enciclopedia.

—Hay notas marginales en el expediente. Sé leer.

—Entre líneas también. En el «Stalag 17» donde estaban los siete músicos, había un prisionero suizo, muy bien tratado. Se llamaba Egon. Era ingeniero químico.

—Consta en las notas marginales. Los alemanes le habían concedido un trato de privilegio, mejor dicho, Hartmann.

—Franz Hartmann, como dueño absoluto, permitió que Egon trabajase en ciertos experimentos, dándole un laboratorio. Los músicos estaban convencidos que Egon era uno de los sabios ilusos, que pretenden trabajar en bien de la humanidad. Le confío a uno de ellos, que estaba ultimando un gran invento. Un gas que él llamaba «Inertia».

—La otra palabra en la cubierta del expediente.

—No dijo en qué consistía, pero aseguró que su poseedor evitaría las guerras cruentas. Y Franz Hartmann tenía un hermano financiero. Rudolf vino a visitarle al campo 17, días antes de la liberación. Egon tenía los pulmones débiles, y murió contento, decían los que le asistieron. Murió contento, convencido que su

invento evitaría mortandades en la próxima guerra, inexorable, a mayor o menor plazo. Entonces, los músicos tan pronto se liberó su «Stalag», vinieron a verme. Sabían que yo era considerado por Denise como un cínico ambicioso. Averiguaron que Rudolf Hartmann había sido degollado, y que habían saqueado su piso. Dedujo que si el invento de Egon lo tenía alguien, era Rudolf, y a defecto de éste, Denise, porque no cabía error. Rudolf Hartmann confiaba plenamente en Denise. Y entonces decidimos tener al acecho a Denise, hasta que ella sintiéndose vigilada, decidiera pedirme ayuda.

—Sus músicos emplean misteriosas consignas.

—Resabios de mi afición al contraespionaje. Les di a cada uno, para cuando comunicasen conmigo, el número y nombre del compositor, de mi álbum preferido.

—¿Trabaja usted entonces para el contraespionaje?

—No. Por mi cuenta puramente. Pensaba compartir con Denise el valor en venta de los documentos de Egon.

—Comercialmente no es delito, si Hartmann entregó a Denise ese documento. Ha dicho antes que sus amigos acechaban siempre a Denise. La vieron pues entrar en el «Pomme
d'Or».

—Y salir. Nada más.

—¿Quién mató a Marcel?

—Los «Arpegian» y yo, nunca estimamos que en el reparto posible se incluyera un asesinato.

—Debo pues pensar en un tercer interesado en el invento.

—Y con todo fervor, atrápelo, porque comprendo que es razonable mientras lo capture, que sospeche de nosotros, pero la orquesta es buena, y no íbamos a desafinar. Estábamos a punto de conseguir la revelación cuando usted se inmiscuyó…

—Jacquot.

—¡Ése es el que tiene que agarrar!

—No mató a Marcel, puesto que era su propio testaferro. El que mató a Marcel ¿por qué no intentó hablar con Denise? En esto reside la clave del misterio. Ella vino a verle a usted, dispuesta a compartir su secreto, lo cual demuestra que no entró en relación con quien matase a Marcel, salvo que el tirador de la varilla fuera uno de sus músicos…

—No. Ellos no. Estoy ya bastante complicado, y renuncio a perder mi tranquilidad espiritual. Por esto mismo, crea en mi sinceridad ahora.

Miró Baptiste su reloj y añadió Dufrety:

—A las nueve llega Marión, mi ama de llaves.

—La invitarán amablemente a regresar a su casa, o sitio de procedencia, hasta nuevo aviso. Debido a ciertos motivos, tengo su casa vigilada muy discretamente, Dufrety. ¿Quiere realmente volver a ser un tranquilo decorador?

—Es mi reciente ambición anhelada.

—Creo que no hay delito en pretender beneficiarse de un invento no robado, sino en custodia, y que al desaparecer Hartmann pertenece por lo tanto a Denise Danglas. Tenemos aún tiempo para ver si desea usted esclarecer su turbia situación personal, la de su orquesta y la de la propia Denise…

* * *

Denise Danglas, cuando el coche se detuvo ante la casa de Neully, dijo:

—Mi amigo tendrá que prestarme lo que falta para llegar a los cien mil. Preferiría no decirle a él la razón.

—Por mí, de acuerdo. Presénteme como lo que quiera.

—Como mi salvador… Sin ironías, Armand… De veras.

Tocó ella el timbre y se descorrió el vástago de cierre, funcionando los muelles de apertura.

Del porche acudió corriendo Dufrety, y ella, fué sincera en su abrazo convulsivo.

—Gabriel… ¿Qué pensaste cuando… no me encontraste en tu alcoba?

Armand Dupuis arqueó las cejas, escandalizado.

—¿Estás bien, Denise? ¿No te pasó nada grave?…

—Ya te contaré, Gabriel. Este señor, me salvó. Es largo de contar. Tuvo él que pagar por mi libertad. Cien mil francos. Tengo en mi chaquetón sesenta mil. ¿Puedes prestarme el resto?

—¡Al instante, Denise! Tú misma encontrarás el dinero en la caja que está en un cajón de la mesa, donde ayer te recibí.

Ella entró en la casa, y Dufrety miró al joven.

—Ha sido usted muy amable y caballeroso, señor…

—Dupuis. Oiga, usted tiene una cara que ha salido en los periódicos. Esta melena… En fin, no es asunto mío, ya.

Reaparecía Denise Danglas introduciendo en un sobre abultado unos billetes de mil. Dijo, al entregarlo a Dupuis:

—Mi gratitud eterna, Armand… Ya no creía en la ecuanimidad humana, y usted…

Molesto, atajó Dupuis:

—Olvidémonos todos, y tratemos de vivir en paz. Adiós.

Se alejó apresuradamente, habiendo cumplido según las instrucciones dadas por Baptiste, enfocando todas las posibles reacciones de Denise Danglas.

En el «refugio» insonorizado explicó ella lo sucedido desde su rapto hasta que Dupuis se «apiadó» de ella.

—Por cien mil francos, no es piedad, Denise.

—Sí lo es… Nos hemos endurecido mucho, Gabriel, al tener sólo un afán: enriquecernos. He sufrido mucho desde la muerte de Ginette… Pero si poseo algo que vale mucho, no voy a renunciar. Tengo que confiar en ti… ¿Vino a verte Baptiste?

—Sí. Y se convenció de que yo nada sabía. Parece que busca a Jacquot.

—Fue Jacquot quien mató a Rudolf…

—Lo condecorarán. Otra taza de café, y quedarás confortada.

—Quiero irme de Francia cuanto antes, y volver cuando todo esté normalizado, y sepan comprender que yo no merezco ser maltratada, por haber sido la novia de Rudolf.

—Era alemán, y por ahora, hasta que no pasen meses, estás en peligro.

—Tú me protegerás, ¿verdad, Gabriel? Los dos vinimos con el mismo propósito. Triunfar, hacernos ricos como fuera. Nos dimos cuenta que los dos éramos ambiciosos, porque tuvimos un origen semejante. Miseria y más miseria al ir creciendo. Comer lo justo para no morir de inanición. Esto endurece mucho.

—Nos consta, Denise.

—Y yo le tomé afecto a Rudolf, porque para mí fué todo un caballero. Sí, me regaló pieles, joyas y capitalizaba mis películas. ¿A cambio de qué? Lo puedes creer o no, pero… quería casarse conmigo, cuando la guerra acabase, y nunca me insinuó nada…

—No te sonrojes, que me consta. Tu Rudolf era un romántico a su modo, y contigo.

—Por eso, cuando dijo que teníamos que escapar, me entregó una pequeña cartera sellada. Me dijo que contenía algo de un valor incalculable, que no quería llevar encima. Teníamos que reunimos a las ocho de la noche en las afueras. Esperé toda la noche y vino Ginette… Habían matado a Rudolf. Nos escondimos ella y yo en el piso alto de la casa de los
D'Eglantier.
Y yo entonces, decidí que tan pronto estuviera fuera de Francia, vendería lo que era mío, puesto que me lo entregó Rudolf. Pero entonces… la sombra… ¿cómo pudo Jacques averiguar…?

—Alguien se lo diría. Estaban muchos en el campo 17.

—Sí, claro…

Repentinamente se irguió ella.

Miró asombrada al decorador.

—¿Cómo puedes tú saber…?

—Te olvidas ya que en el expediente policíaco, que me ha citado Baptiste, se cita el campo 17, y cierto gas llamado «Inertia». No saben más que rumores vagos… Un suizo ingeniero llamado Egon, que tenía su laboratorio en el «Stalag 17». Rudolf, que visitó a su hermano Franz, que era el jefe del campo.

—Y Franz, le estregó a Rudolf la libreta en que Egon había compilado todo el proceso en fórmulas de la elaboración de un gas, por cuya posesión, cualquier Estado pagaría millones.

—¿Por qué no Francia?

—Somos colaboracionistas, Gabriel.

—De poca monta. ¿Cuánto crees que puede valer la libreta de Egon?

—Millones.

—¿Diez?

—Yo pensé que con algunos millones una mujer puede ser feliz, o al menos, encontrar la felicidad.

—Puedes intentarlo. Yo puedo negociar.

—Primero has de llevarme fuera de Francia.

—Escucha… Si voy a un amigo mío, que es capitán de Estado Mayor, y le expongo todo esto, él mismo nos conseguirá pasaje con escolta respetuosa hasta cualquier frontera cómoda. La suiza, por

ejemplo.

—Sí… Pero querrá comprobar la verdad.

—Cuanto antes te quites de encima el invento de Egon, antes quedarás libre de sombras.

—Jacques, cuando no me encuentre, puede venir aquí.

—Déjale, que esta vez no me pilla desprevenido.

—Jacques me dijo que pidiera lo que quisiera.

—No le costaba mucho ofrecer, y después hubieras seguido la suerte de Rudolf.

—Dijo que tenía que ir a consultar con el que le pagaba. Él fue el asesino de Rudolf… En aquellos momentos, cuando me lo confesó, yo estaba aterrorizada. Si volviera a verle… le mataría… Llevo días y noches de pesadilla constante…

—Tú misma puedes terminar con la pesadilla.

—¿Irás tú a buscar la cartera que me dió Rudolf?

—No. Yo estoy contigo. Le diré a mi ama de llaves que vaya a donde tú me dirás. Ella es inocentona, y me tiene afecto. Irá a buscarla, ignorando su contenido, y me la traerá, o dejará donde yo le diga, por si aquí viniera Jacquot.

—No lo escondí en casa de los
D'Eglantier.
Yo esperaba a Rudolf, y cuando Ginette me dijo que lo habían matado, decidí que ya no podía escaparme, y que debía esconderme hasta que pasara cierto tiempo. Era un peligro conservar conmigo la cartera. Lo dije a Ginette que iba a esconder mis joyas, y ella decidió hacer lo mismo, en otro sitio. Estábamos en el bosque de Melun, cerca de los cotos reales. El seto que bordea la pequeña playa de Robinson, tiene estacadas marcadas con números, que señalan cada media legua. Hice un hoyo en la arena al pie de la estacada sexta, envolviendo la cartera en el capuchón impermeable. Volví a colocar sobre el hoyo relleno, las varias piedras que formaban base y asiento. Ya lo sabes todo. Ahora, cuanto antes vayámonos, tan pronto tu amigo…

—Te olvidas de Baptiste. Está buscando al hombre que mató a tu sombra.

Ella se cogió la cabeza en gesto teatral, pero sincero en su patetismo.

—¿Puede una mujer tener alucinaciones, Gabriel?

—Y un hombre también.

—Apenas vi que estaba muerto… miré hacia la antesala… Cayó un vaso, y un hombre huyó… Me pareció que era… ¡Rudolf Hartmann!

CAPÍTULO XIII

Jacques Corbière sacudió por el hombro a la mujer.

—Repite a ver que lo oiga bien.

—Suéltame, Jacquot. Hice lo que me dijiste. Fui a Corbeil y no tuve ni que ir a la casa que me indicaste. Todo el pueblo hablaba de lo mismo. Unos policías se habían llevado a Bébert, Luc y Hélène, que estaban encerrados en la bodega. Llevaban el cepo de los «maquis» cuando los metieron en la furgoneta.

Jacques Corbière paseó unos instantes por la habitación. La vieja vendedora de periódicos, añadió:

—Lo van a pasar mal, si escondían a una «colabo».

—Lárgate, bruja. Toma lo prometido. Y ya sabes…

—Soy la primera interesada en no conocerte, Jacquot.

A solas, Jacques Corbière fué calmándose. Nada se había perdido aún, si Denise tras una temporada de cárcel, volvía a entrar en relaciones comerciales con la «firma» que él representaba.

No tenía por qué esconderse. Sabía con seguridad que ninguno de sus cómplices le delataría; les convenía que él permaneciese libre.

Iría a almorzar al «Pierrot's» y si volvía Baptiste, le convencería que era un asunto particular de Bébert, dar escondite a antipatriotas.

Ya sabría Bébert encontrar una explicación razonable a la muerte de Marcel, aunque sudaría en los interrogatorios que intentasen establecer una relación entre la presencia de Denise Danglas en el cenador de la «Pomme d'Or», y en la alcoba de Hélène Fernand.

Gajes del azar. Estaba dispuesto a esperar hasta cuando fuera preciso la inevitable llegada de Baptiste o agentes suyos. Era su mejor defensa.

Pero Baptiste dormía profundamente, desde las diez y cuarto, en que habiendo oído cuanto Denise Danglas explicó a Dufrety pasó el asunto al «Deuxième Bureau», uno de cuyos mejores sabuesos estaba ya en los alrededores esperando su momento de intervenir.

Baptiste durmió hasta las siete de la tarde. No sentía el menor interés por la suerte de los «endurecidos» ambiciosos, ni la libreta de Egon.

Cuando entraba en el pasillo dirigiéndose a su despacho, avisaron al comisario Gradjean, que asomó la cabeza desde el suyo.

—¡Abel! Ven acá, que hay novedades para ti.

Grandjean rellenó su pipa y miró unos instantes al que acababa de sentarse.

—¿Lo haces adrede o eres así?

—¿El qué?

—Pase que te inhibas en el «Deuxième», dándoles el trabajo casi terminado, pero que luego duermas como un lirón, nueve horas seguidas, puesto el cartel en tu puerta, es incomprensible.

—Teniendo sueño, hay que dormir. Es una ley orgánica.

—Te conozco desde que debutaste, Abel. Antes, hasta no saber en qué terminaba un caso, eras capaz de pasarte días y noches más despierto que una lechuza.

—Antes tenía menos años y mucha más curiosidad.

—Yo sigo teniendo la misma curiosidad. ¿Sabes qué fué lo primero que hicieron en el «Deuxième», apenas tú te marchaste de la casa de Neully?

—Supongo que encerrarían a Dufrety y a la Danglas.

—Para empezar y como era debido. Pero también fueron volando al seto de Robinson, en Melun. ¿Sabes qué encontraron?

—Lo que buscaban.

—¡Arena!

—No mentía Denise, puesto que se creía a solas con Dufrety.

—No mintió, pero por allí varios días después que ella escondiera su botín, pasaron ingleses. Soldados, que instalaron sus tiendas de campaña. Los del «Deuxième» están rabiosos, porque han de llevar con sumo tacto tas investigaciones. Buscan qué cuerpo de

ejército, que sección, qué soldados… hasta que logren conocer al que removió el hoyo, y dejó solo la capucha impermeable, sin nada dentro.

—Creo que Dufrety y la Danglas van a pagar los platos rotos.

—Por de pronto acusan a la Danglas de traidora a la patria, dándole a entender que su obligación era entregar la libreta con las fórmulas al Estado Mayor de su propia raza. Y mal asunto también para Dufrety, por trabajar por su cuenta, sin acudir al servicio secreto.

—No voy a llorar por esa pareja de codiciosos. Ni ella ni él podían convencerme con sus argumentos. Querían millones… Ella juraba que había querido a Hartmann, y sólo le interesaba ganar millones. Él ganaba lo suficiente para tener una cocina de gastrónomo, y quería más dinero… Por mí que los fusilen. Se lo han merecido. Yo le tendí la mano a ella, y se empeñó en querer ganar millones. Él, pesé a mis advertencias, quiso ser muy inteligente. Yo puedo perdonar al delincuente que no sabe otro oficio que admirar a los «gangsters» y sentirse imitador. Pero dos egoístas como la Danglas y Dufrety, sólo me inspiran repulsión.

—De acuerdo. Hay novedades de Jacquot. Estaba en el «Pierrot's» muy tranquilamente. Se extrañó cuando en vez de aparecer «roussins» como tú y yo, se vió invitado por dos individuos que él tomó por «maquis», sin saber que eran del «Deuxième». Lo han cocinado bien, amablemente, y con la promesa de libertad si delataba a su pagador, cantó de plano. Era el dueño de la «Sulfex», ese rumano que negocia todo lo sucio imaginable, el que le pagó para matar a Rudolf Hartmann y quitarle la dichosa libretita inatrapable.

—No me extrañaría que Jacquot esté en la calle.

—A medias. Los del «Deuxième» le han ofrecido darse un viaje por Inglaterra, si llega el momento necesario. Lo consideran a él y sus tres compinches, aptos para un robo vulgar, sin que el contraespionaje inglés se meta con Francia. Eso le han prometido. Darle suelta y dinero, cuando llegue el momento adecuado. ¿Comprendes el truco? Si los pescan en Inglaterra, serán sólo espías por lucro, al servicio del rumano de la «Sulfex».

—Nunca me gustaron las tenebrosidades del espionaje.

—Los del «Deuxième» dicen que tienen una pista segura para encontrar al asesino de Marcel, al de la varilla.

—Hacen como nosotros, cuando no sabemos por dónde caminamos. Una pista segura, sobre la que se guarda la máxima discreción.

—La Danglas está deshecha, agotada física y espiritualmente. Quiere verte.

—¿A mí?

—Dice que sólo a ti revelará algo importantísimo.

—No me interesa. Es el «Deuxième», ¿no? Ellos llevan el caso hasta su término, ¿no?

—La chica intentó suicidarse.

—¿Y a mí qué?

—Tú no eres tan insensible como pretendes, Abel.

—¿En qué puedo yo modificar el destino que ella misma se forjó?

—Podemos ir a verla, y escucha, después te vienes a cenar conmigo. Mi mujer…

—Bueno. Como quieras. ¿Dónde encerraron a la Danglas?

—En Vincennes. Irá al tribunal militar de Alta Traición. No la fusilarán, pero unos años de cárcel nadie se los quita.

* * *

Era una habitación limpia, con lavabo, cama de metal, mesita y silla. Sólo en la ventana los barrotes de hierro revelaban su carácter de celda en prisión militar.

Denise Danglas, recogido el cabello en dos trenzas, se levantó de la silla al entrar Baptiste y el comisario.

—Buenas noches, señor inspector. Es a solas como quiero hablar con usted.

Llevaba las dos muñecas vendadas, y volvió a sentarse en la cama, debilitada aún por la reciente pérdida de sangre.

El comisario Grandjean salió, cerrando por fuera.

Abel Baptiste permaneció en pie, sombrero en mano.

—Quería usted hablarme, y aquí estoy.

—Usted me dijo que yo podía enmendar mis errores, y no quise hacerle caso… Ésta ha sido mi peor acción, porque usted perdió un

hijo…

—Le ruego que aparte de su conversación este tema. ¿Qué desea decirme sobre usted misma?

—El hombre que mató a Marcel Prèval… creí que era Rudolf… ¡Es Franz Hartmann! No podía acercarse a mí, ni quería que nadie pudiera averiguar… Si me dejaran libre, él volvería a intentar ponerse en contacto conmigo…

—Hablaré con los señores del «Deuxième», que son los que ahora llevan su caso. Es tarde para cumplir con su deber patriótico.

—Me condenarán a morir fusilada…

—No creo. A lo sumo, unos años de meditación. Lo que no comprendo es por qué no quiso revelar quién era el asesino de Marcel a los señores del «Deuxième».

—Quería verle, señor Baptiste, sin rencor, sin odio… Si un francés, un solo francés que ha sufrido… pudiera perdonarme, podría esperar el futuro con resignación. Es insoportable verme despreciada así… ser juguete de todos… hasta del que me creí se había apiadado de mí, y entregó el dinero… engañándome…

—Si usted engañaba, no podía aspirar a otra moneda. Ya que me ha llamado, le diré por qué la desprecié entonces… Por su fría actitud, reciente el suicidio de su amiga. Por su misma indiferencia ante la muerte de un hombre que la trató idealmente. No tener corazón conduce a estos momentos en que ante la desgracia, buscamos afecto, humanidad… Debemos empezar por tenerla, Denise. Portarnos como seres humanos, con sus defectos, pero dejando latir el corazón. Usted, cuando nos vimos, no pensaba en Ginette ni en Hartmann, sino en los millones que valía una libreta con fórmulas. Y ahora perdido todo, quiere encontrar la fórmula de la felicidad. No está en la ambición desmedida, sino en saber rodearse de afectos. Está pagando muy cara su ambición fallida. Medite en ello, y cuando salga, no creerá ver en todas las miradas desprecio, como le sucede ahora. Es un buen síntoma. Es remordimiento, y no viva a solas con este mortificante compañero. Dé amistad, busque afectos, y los hallará. Bien, si puedo ayudarla en algo, lo intentaré, señorita Danglas. Su llanto ahora es natural, infantil… Es mejor así, y no se encontrará tan sola con el tiempo, si se resigna a sobrellevar usted misma el peso de sus propias equivocaciones. Buenas noches, señorita Danglas.

—Gracias por haber venido, señor. Pensaré en cuanto acaba de decirme.

Abel Baptiste guardó silencio hasta que el coche dejó muy atrás la fortaleza militar de Vincennes.

—Haz lo que puedas por la Danglas, ya que al fin y al cabo no es más que una ambiciosa que pensó que podía vivir sola.

—Lo haré, pero aplícate el cuento. Sí, hombre, ¿o crees que no te oí el discurso? «Haz lo que te digo, hija mía, pero no lo que yo hago».

—A mí el dinero me tiene sin cuidado, y te consta.

—Pero te mortificas a solas como un oso huraño.

—¿No voy a cenar a tu casa? Éste es el primer paso para no seguir a solas.

—Bien hablado. Se llama Joséphine, y te admira hace mucho tiempo. Sólo hay dos cosas que no le gustan en ti.

—Falta saber las que no me gustarán en ella.

—Tu bigote y tu cuello duró. Dice que ganarías mucho con dejarte el bigote más fino y emplear camisas de cuello poco almidonado.

—Estaría bueno que me quisiera ella convertir en un merengue antes de conocernos, siquiera…

Quince días después, el inspector Baptiste llevaba camisa de cuello flojo, y su mostacho se había convertido en bigotillo.

Leyó en la Prensa, la captura de Franz Hartmann, y la sentencia de dos años dictada contra Denise Danglas. El decorador Dufrety estaba en Inglaterra.

Allí estaban también Jacquot y su banda.

Siguió la rutina, alterada sólo en lo concerniente a las comidas que hacía en casa de Grandjean, y los martes, sábados y domingos acudía mediodía y noche, Joséphine Terrail.

—Bonita y sensata —había dicho Baptiste al día siguiente de conocerla, contestando al comisario Grandjean.

Seguía teniendo la misma opinión dos años después, cuando en zapatillas y bata, meciéndose cerca de la mesa, en el balancín de mimbre, estaba leyendo un periódico.

Llamó hacia la cocina:

—¡Fifine!

Acudió su esposa, frotándose las manos en el delantal.

—Escucha un poco esto. Una noticia curiosa. Unas líneas acerca de un fenómeno curioso, sucedido en un poblado costero inglés. Dice textualmente el título:

EXTRAÑO FENOMENO COLECTIVO

> «Los habitantes de Sydham-on-Sea han permanecido durante cerca de unas dos horas sumidos en un letargo inexplicable, ayer al mediodía. Se cree en una intoxicación colectiva por emanaciones producidas por un fenómeno misterioso. Todos los habitantes de Sydham-on-Sea reconocen que de pronto les entró sueño y sólo saben que despertaron dos horas después aproximadamente, sin daño alguno. Se busca la pista de dos camiones que pasaron por todas las calles del poblado, creyéndose posible que fuera el gas del combustible quemado por los motores de dichos camiones, el que contuviera un tóxico. Las conjeturas son muy variadas».

Abel Baptiste dobló el periódico, y preguntó:

—¿Qué opinas, Fifine?

—Eso de los gasógenos traerá complicaciones, verás como sí.

—«Inertia» —pronunció Baptiste, silabeando.

Ella regresó a la cocina, y pensó el inspector en el gas del suizo Egon. Era muy factible su teoría, deducida tras aquella lectura.

El Estado Mayor inglés haciendo prácticas… Sería un medio incruento de vencer. Dormir al enemigo, desarmarlo…

Utopías…

Al día siguiente, el comisario Grandjean también le habló de su teoría coincidente tras la lectura del mismo periódico.

Por la tarde, Baptiste fué a investigar la presencia de un supuesto complicado en un asesinato, al hotel «Deux Mondes». Un hotel honorable.

Pestañeó, reconociendo a la telefonista, cuando hubo comprobado que no se alojaba allí el presunto sospechoso.

—Buenas tardes, señor Baptiste.

—Buenas tardes, señorita Danglas. ¿Todo va bien?

—Hace ya dos meses que estoy aquí, y ahorro el sueldo de una telefonista. Mi marido es el gerente. Éramos del mismo pueblo. Vino a verme en la prisión… Es un buen muchacho.

—Todo va bien, entonces. ¿Y de Dufrety, qué sabe?

—Se quedó en Inglaterra. Vendió su casa de Meully. Lo sé por Marianne, que es la encargada del servicio de camareras. ¿Puedo servirle en algo, señor Baptiste?

Ambos se miraron en silencio un instante, sonriente ella, suavizado el semblante él.

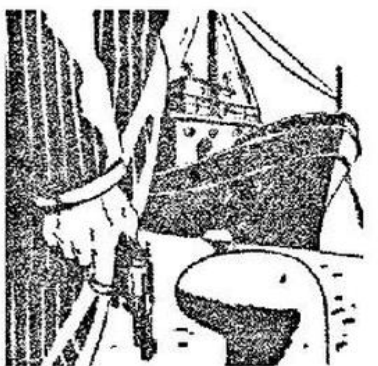
—Todo va bien, señora. Mis plácemes. Buenas tardes.

En la calle, el inspector Baptiste sentenció mentalmente y sin gran originalidad:

«El tiempo es el mejor bálsamo, porque nos da la conformidad apacible de aceptar la vida tal como es».

Denise Danglas ya no era una ambiciosa con sombras en rededor. Tan sólo la compacta solidez protectora de su esposo. Y era así la vida. Tener alguien con quien compartir el diario respeto a la rutina.

FIN



Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 348 - M.ª Esperanza Neyra.
■ El PRECIO DE UN AMOR
Núm. 349 - Trini de Figueroa.
■ EL SECRETO DE CICELEY HARLAN
Núm. 350 - Mary de la Fe.
○ AMORES EN LUCHA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 188 - I. Masata.
■ LA CALUMNIADA
Núm. 189 - M.ª Carmen Rey.
■ EL RECUERDO DEL AYER
Núm. 190 - M.ª Adela Durango.
○ LA DIOSA DE BENARES
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 289 - Ral Sagram.
■ EL CABALLERO BANDIDO
Núm. 290 - Joe Sheridan.
■ ALMA DE LUCHADOR
Núm. 291 - Fidel Prado.
○ ¡SI YO FUERA SHERIFF!
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 153 - Red Hartland.
■ UN HOMBRE ALTO
Núm. 154 - Kent Miller.
■ CERCO DE FUEGO
Núm. 154 - Kent Miller.
○ UNA TUMBA EN DUNKERQUE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 244 - Corín Tellado.
■ UN MISTERIO EN SU VIDA
Núm. 245 - Matilde Redón.
■ SE VENDE UN CORAZÓN
Núm. 246 - May Carré.
○ UNA AVENTURA INCREIBLE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 74 - M.ª Pilar Carré.
■ AQUEL HOMBRE
Núm. 75 - Pilar G. Rua.
■ EL ÚLTIMO DE SU RAZA
Núm. 76 - M.ª Pilar Carré.
○ AQUEL HOMBRE...
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 32 - Geo Dugan.
■ LEY SECA
Núm. 33 - Arnold Briggs.
■ LA MUJER CON DOS SOMBRAS
Núm. 34 - Geo Dugan.
○ BARCO DE BRUJAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 27 - Bárbara Sanromán.
■ SOBRE LA NIEBLA
Núm. 28 - María Lor.
■ LA OTRA PRISIÓN
Núm. 29 - Trini de Figueroa.
○ CASADA CON UNA SOMBRA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.